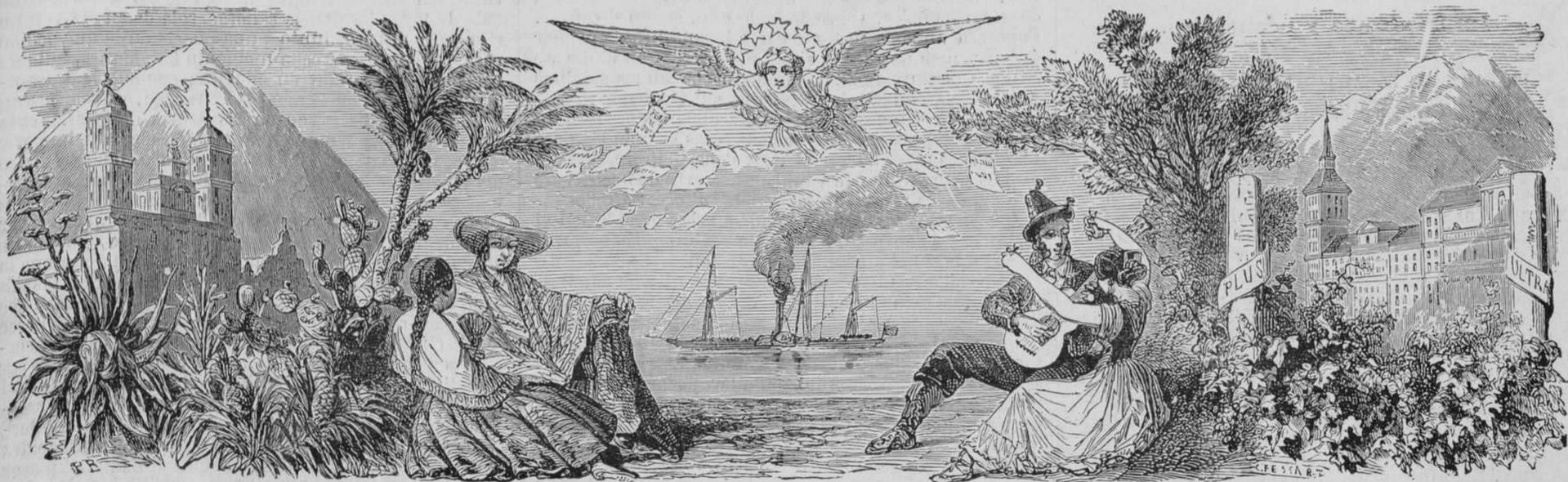


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

AÑO 19. — Nº 412.

SUMARIO.

Destruccion de la calle de plátanos y de la fuente del jardin del Luxemburgo en Paris; grabado. — **Impresiones y recuerdos.** — **Expedicion de Siria;** grabados. — **Sucesos de Nápoles;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Leyendas de un alma triste.** — **La manufactura imperial de los Gobelinos;** grabados. — **Una historia inglesa.** — **La abadía de Maillezais (Francia);** grabado. — **El volcan de la isla Estrómboli;** grabado. — **Los Tuareg;** grabado. — **Escenas de caza;** grabado. — **Motivo por el**

qual... — **Revista de la moda.** — **La nueva política del Austria;** grabado. — **M. Mallouf;** grabado.

Destruccion de la calle de plátanos

Y DE LA FUENTE DEL JARDIN DEL LUXEMBURGO EN PARIS.

Los embellecimientos de la capital que se están haciendo en el dia en grande escala tienen á veces necesidades implacables : una de ellas es la destruccion de

la fuente y de la calle de árboles, cuyo dibujo damos, en el hermoso jardin del Luxemburgo. Esos majestuosos plátanos unidos de dos en dos con guirnaldas de yedra y de viña silvestre; esa alfombra de césped, y en el fondo, en una lontananza misteriosa, esa bonita fuente, todo está á punto de desaparecer, y una calle que partirá del eje de la fachada posterior del Odeon, dirigiéndose oblicuamente hácia la entrada de la calle Soufflot, reemplazará esa sombra y esa perspectiva. La fuente, que se debe á Jacques de Brosse, será trasladada á otro punto, donde podrán admirarla los parisien- ses, aunque habrá muchos que deploren el no verla ya



LA FUENTE DEL JARDIN DEL LUXEMBURGO EN PARIS.

en medio de ese conjunto de altos árboles, de céspedes, parterres, estatuas y pórticos que en los días de sol hacían pensar en los encantados jardines de las villas italianas.

Impresiones y recuerdos.

UN BAILE EN EL ARRABAL DE SAN GERMAN

(*Faubourg Saint-Germain*).

Paris, febrero, 1834.

...Serían las doce poco más cuando llegamos Eduardo y yo al palacio (*hótel*) de la princesa de T***, uno de los más hermosos de la calle de la Universidad. Tres salones consecutivos, á mas de varias piezas menores, todas decoradas con suma riqueza y gusto exquisito, contenían en su espacioso recinto la flor y nata de los tres más elegantes arrabales de Paris, — el de San German, el de San Honorato y el de la *Chaussée d'Antin*. El primero es el de la antigua aristocracia indígena; el segundo el de la aristocracia extranjera, especialmente el de las ricas familias inglesas y rusas que en gran número vienen aquí todos los inviernos á dejar ríos de oro: el tercero es el de la nueva y poderosa aristocracia del dinero. Aquel representa lo que se llama aquí el *antiguo régimen*, y en él predominan las opiniones legitimistas: el último es como el cuartel general de la alta banca y de las ilustraciones de la nueva corte. El de San Honorato es un terreno neutral al que acuden gustosos los otros dos á bailar y á comer opíparamente, por mas que medie entre ellos desde la revolución de julio una sorda lucha de vanidad y de intereses que poco á poco se va desgastando, y que acabará pronto, me parece, á lo menos por lo que toca á la vanidad nobiliaria, necea como todas. Esas luchas no son ya de este tiempo. Creo además que el espíritu aristocrático ha muerto en Francia.

Los grandes salones de la princesa estaban destinados al baile; una numerosa orquesta, situada en una alta galería medio cubierta de enramada y flores, deramaba sobre ellos sus raudales de armonía. Las otras salas menores servían para la conversacion, el juego y la lectura: multitud de lindos *keepsakes*, tomos de poesías primorosamente encuadrados, — Byron, Moore, Lamartine, Victor Hugo, Alfredo de Musset, algunos poetas alemanes, tal cual italiano, ¡ni uno solo español! — esmaltaban los veladores. El incesante vaiven de las bandejas de plata cubiertas de sorbetes, dulces y bebidas de todas clases, hacía muy llevadero el ardor de aquella densa atmósfera, perfumada por tantas flores, magnetizada por el hábito de tantas mujeres hermosas.... Allí estaban, particularmente en las salas de conversacion y de juego, las primeras celebridades del día, en la política, en las artes, en las letras, — el anciano general Laffayette, M. Laffite, M. Guizot, M. Thiers, el conde Molé, M. Berrier, M. Dupin, los pintores Horacio Wernet y Pablo Delaroche, los hermanos Deveria, Alfredo y Tony Johannot, el filósofo M. Lerminier, la ilustre Jorge Sand, astro que empieza á brillar mucho, — tal vez demasiado, sobre el horizonte literario.

Ocupaban los sillones y las banquetas contiguas á las paredes las señoras mayores, por lo comun vestidas con mas lujo incomparablemente que las jóvenes. Todo se volvía allí aderezos espléndidos de diamantes como avellanas, gruesas perlas y piedras preciosas; cuanto más entradas en años parecían, más compuestas, más ricas estaban, según la costumbre admitida en el gran mundo: esta costumbre me parece odiosa y absurda. Una vieja muy peripuesta se me figura una morrija recamada de lentejuelas. Bajo aquellos costosos atavíos, entre aquella nube de encajes, turbantes y penachos de plumas, resaltaban tristemente los rostros estucados de albayalde y de carmin ó rugosos y amarillos como castañas pilongas: espectáculo juntamente vistoso y grotesco. Unas se lanzaban á bailar como niñas de quince años; otras más sesudas permanecían sentadas, semejantes á una larga fila de cariatides egipcias, flechando sus gemelos sobre la turba de jóvenes bailarines que, en pantalón *collant*, zapato y media calada, el *clac* debajo del brazo, y alta corbata de raso blanco, movían de una á otra parte sus patitas de jilguero ó formaban bulliciosos corrillos delante de las damas. Componían aquellas un respetable arepago en el que se discutía sabiamente el mérito de los actuales *leones*, *dandys* y *fashionables*, muy inferior, por supuesto, al de los recién destronados *lechuguinos*, y más inferior todavía al de los antiguos *currutacos*, *pisaverdes* é *increíbles*. Unas lamentaban amargamente la irreparable desaparición de la coleta, el calzon corto y el espadín atravesado por los riñones: otras, menos antiguas, la de las extravagantes modas del directorio y del imperio, — ¡ruinas lamentadas por otras ruinas! — En cuanto al mérito de algunas hermosas jóvenes que apoyadas lánguidamente en el brazo de sus galanes se paseaban lentas y desdenosas ostentando sobre sus airoso talle de palmera nevados cuellos de cisne, el consejo de las discretas ni aun se tomaba el trabajo de discutirle: todas convenían, *namine discrepante*, en que eran feas é iban vestidas sin gracia. Lo mismo habían dicho de ellas medio siglo antes sus abuelas: nuestras bellezas contemporáneas dirán ¡ay! lo mismo de sus nietas. — Este es el mundo, ha sido y será...

Acerqueme á saludar á la princesa. — ¿Cómo tan tarde? me dijo. ¿Será verdad que anda Vd. un poco distraído allá por su país latino? — (Yo era en efecto

estudiante y vivía en el país latino, pero no tenía en él mas distracción que el estudio.) — Mal hecho, mal hecho, prosiguió. Yo sé quién le echaba á Vd. aquí muy de menos...

La princesa de T*** es una señora muy ilustre y muy rica, viuda de un célebre diplomático, y muy amiga de los españoles, sobre todo de uno, según dicen.... Conserva muchos restos de una hermosura de primer orden y pasa por haber sido muy alegre: en el día no es mas que muy amable, como lo probaban las palabras que tuvo la bondad de dirigirme, sin el menor fundamento, por supuesto, sin darles ella misma ningun crédito y solo por saber que esas cosas suenan siempre bien en los oídos de los jóvenes. Cada hombre, joven ó viejo, es un abismo de vanidad. Ese arte de decir cosas agradables es innato en las señoras alegres: á todos saben dejarlos contentos, haciendo á veces de todos en el fondo el mismo caso, que suele ser *ninguno*, — salva siempre tal cual afortunada excepcion.

Empezaba la música á tocar una contradanza. Después de haberme provisto de un *vis-à-vis*, fui á sacar á una de las pocas señoritas solteras que había en el baile — (aquí las jóvenes de la alta sociedad suelen estar en los colegios ó en los conventos hasta que se casan, — y las casadas suelen bailar hasta que tienen biznietos). Pálida y rubia, mi linda pareja, á quien nunca había visto en lo que aquí se llama *el mundo* — los bailes, los paseos — me inspiró desde el primer momento una viva simpatía por su aire precozmente reflexivo, mas bien triste. Varias veces intenté trabar conversacion con ella, pero en vano: su pensamiento estaba en otra parte.

— ¡Mucho calor hace, señorita!

— Sí señor.

— ¡Es muy amable la princesa!...

— ¡Oh! mucho.

— Se me figura que tiene Vd. un poco de acento inglés, — muy gracioso sin duda.

— He estado algunos años en Londres...

Y siempre sus ojos se dirigían con angustiosa expresion hácia una señora bastante gruesa y bien parecida, pero ya muy en su otoño, — casi en su invierno, — vestida con el lujo asiático que la edad proyecta reserva para sí, so pretexto de que la juventud no lo necesita. Ciertamente pero menos lo necesita ella. Parecía la gruesa dama toda embebecida en escuchar á un joven muy guapo con quien mostraba estar en la mejor inteligencia. No tardé en saber que era la mamá de mi pareja, y que el joven era una especie de aventurero italiano que atraído por la fama de ricas que ambas gozaban, hacía la corte... á ambas. Esto me explicó los súbitos estremecimientos de la hermosa niña cada vez que llegaban á nuestros oídos algunas expresiones del galán que la dama escuchaba con cara de cómplice... ¿Eran celos? ¿era vergüenza de tener una madre loca? ¡Pobre criatura! momentos hubo que temí que se iba á desmayar en mis brazos.

Apenas concluyó la contradanza, pedí noticias á Eduardo de la madre y de la hija. — Poco podré satisfacer tu curiosidad, me dijo: tres meses hará que llegaron á Paris; creo que son de Grenoble. La madre, viuda de un general, dicen que es... muy amable: para estar mas libre, parece que ha criado á su hija, — hija única y muy rica — en un colegio de Inglaterra, donde ha adquirido ese aire melancólico y *fatal*, esos fantásticos rizos pendientes hasta la cintura, todo ese aspecto *osianico* en fin, que tan interesante la hace á tus ojos de romántico; pero como te digo, estas no son mas que voces del mundo, pues yo apenas las conozco.... Mira, aquí tienes al señor que podrá darte mas amplios informes, pues las conoce á las dos muy á fondo, añadió con maligna sonrisa, indicándome al joven italiano que acababa de separarse de la mamá.

— Cuidado, Eduardo, le dije; precáveté de la manía de lucir tu ingenio á costa de los demás... de las mujeres sobre todo.

— Bien dices, respondió después de un momento de reflexion: creo en efecto que no conoce á fondo mas que á la madre, pero te aseguro que está para casarse con la hija. Es cosa muy comun y no del todo mal vista en la buena sociedad.

Reune Eduardo á un nacimiento ilustre una gran vivacidad de ingenio y un corazón excelente; pero habiendo perdido á su padre en la niñez y entregado á la tutela de una madre demasiado bondadosa para ser enteramente buena (en este mundo la extremada bondad causa muchos daños), ha contraído casi todos los defectos propios de los jóvenes que antes de tiempo empiezan, como suele decirse, á campar por su respeto. Es audaz y mal hablado como él solo. Sin ser lo que se llama un fatuo, tiene excelente idea de sí mismo; y un gran número de fáciles conquistas le ha inspirado hácia las mujeres en general una falta de consideracion que suele degenerar en el mas insultante desprecio. Si conservase á los treinta años esos defectos, sería un mal hombre; por fortuna ahora llega á los veinte y se corregirá, porque tiene talento.

El mal humor en un baile es cosa que debe sacudirse á toda costa. Para disipar las ideas que había excitado en mí la sombría actitud de mi pálida pareja, me acerqué á una mesa de *écarté*, y jugué y perdí algunos luises, contra el joven italiano de marras. Siempre volvía el rey; siempre tenía mas triunfos que su contrario. Evidentemente era mas *griego* que italiano y así lo murmuraban por lo bajo mis compañeros de infortunio. Creo, ¡Dios me perdone! que se hacen ya mas trampas en los salones que en los garitos...

Estaba sentada en un confidente junto á la mesa de

juego, siguiendo con los ojos sus peripecias, una señora de aspecto meridional, casi moruno, muy ojerosa, flexible y sutil como una culebra, coqueta en grado superlativo, pero de las que lo disimulan ó creen disimularlo afectando un continente reposado, casi desabrido. Estas son las más hábiles. El solo hecho de verla apartada de todas las demás señoras, sola de su sexo en un sitio muy al paso, junto á una puerta en la que podían pasar y renovarse á cada momento los galanes, hubiera bastado para revelar en ella una coquetería trascendental: las que no tienen esta cualidad, nunca buscan las esquinas ni huyen de las demás mujeres. Tenía además aquella señora en su *toilette*, elegantísima por cierto, un no sé qué de extraordinario, de excéntrico mas bien que la hacía distinguirse de todas: era además muy joven, y sin ser muy hermosa, lo parecía. Dicen que el rostro es el espejo del alma; alguna vez lo será, pero el traje lo es siempre, puesto que de este disponemos nosotros y de la cara no: cada uno tiene la que Dios le da, aunque de algunas parece que las ha dado el diablo. El traje de aquella dama descubría pues un carácter excéntrico, como él: naturalmente deseé conocerla, hablar con ella, pero no la conocía ni acertaba con la embocadura de un diálogo, dificultado por su actitud desdeñosa, reconcentrada, casi fiera. En tal conflicto, recurrí á Eduardo, viva gaceta de los salones, pero hube de aguardar á que concluyese un eterno wals en que estaba empeñado con toda la intrepidez de un colegial. Sea dicho sin ofender á nadie, el placer de bailar supone un alma muy sencilla. El hombre primitivo es esencialmente bailarín: cuando el baile nos fastidia, cuando nos exaspera y humilla ver á nuestros semejantes dar brincos, es señal de que nos vamos alejando del estado de naturaleza. Yo debía estar entonces á cien leguas de ese estado, porque el wals de Eduardo me tenía sobre ascuas: no puedo explicar lo ridículo, lo insensato, lo perjudicial que me parecía verle dar vueltas como un peon. Creo que de aquella noche data la especie de horror que me inspira el baile: solo se lo perdono á las mujeres... jóvenes, y á los hombres... casi niños. Para distraer mi impaciencia, me dí á observar mas á la desdeñosa dama, que entonces cabalmente estaba sola y parecía muy pensativa. Los jugadores, engolfados en su *écarté*, prescindían de ella por completo, y de los varios jóvenes que pasaban por su lado, sin duda ninguno la conocía, ó acaso ninguno quería hablarla. Tenía en la mano un lenticito de oro que de cuando en cuando se aplicaba al ojo derecho, guiñando mucho el izquierdo, como si fuese muy corta de vista; pero no parecía que al flechar su lente buscase á nadie, ni que fuese aquello mas que un acto puramente maquinal. Solo una ó dos veces mostró reparar en la atencion con que yo la observaba, aunque con disimulo, como es natural; pero ella sin ninguno absolutamente, y con una fijeza parecida al descaro, clavó en mí una mirada negra y profunda, que me hizo bajar los ojos confuso y casi asustado. Hay mujeres y hombres así, á quienes no se puede mirar sin sentirse uno como fascinado; misterio de la electricidad, ó del magnetismo, ó de qué sé yo qué, pero misterio seguramente que nadie sabe explicar.

Acabó por fin el wals y Eduardo vino á buscarme todo despeado y enjugándose la frente con la mas fina de las batistas. Quien le hubiera visto en aquel estado después de un trabajo útil, como el de cavar la tierra, por ejemplo, le hubiera compadecido profundamente. Cogí el brazo y habiéndonos sentado juntos en una otomana, casi enfrente del hermoso objeto de mi curiosidad, le pregunté si la conocía.

— ¡Ojalá no la hubiera conocido nunca! me respondió haciendo un gesto de conquistador escarmentado. Mira, hijo, te aconsejo en caridad que huyas de esa peligrosa sirena, si la idea de amar te inspira el saludable terror que á mí y á todo hombre prudente. Has de saber que es irresistible. No hay metal, no hay diamante que no se funda al fuego de sus ojos: cada palabra suya es el eslabon de una cadena que, francamente, no te juzgo capaz de romper...

— Pues tú bien la has roto, á lo que parece.

— ¡Si supieras á qué precio!... Ya sabes que hace un año estuve á la muerte. Por ella fué, ¡y soy de los que han salido mejor librados!... Todavía me resiento alguna vez de la estocada que me hizo administrar en toda regla por su primer sicario... el italianito que te ganó hace un rato diez luises...

— ¡Ya! tú te portarías con ella como sueles y tu sucesor la vengaría, castigándote como mereces.

— ¡Escucha, calla y aprende! Hija de un embajador de Portugal en Paris, se casó muy niña, dice ella, con un antiguo general del Imperio, que á los pocos meses la dejó viuda y muy rica. Todo el mundo te dirá que el pobre general murió envenenado: lo creo una calumnia — ó una *exageracion*! pero es lo cierto que de una manera mas ó menos misteriosa, han muerto igualmente en pocos años los muchos consoladores de su temprana viudez que la opinion pública — esa reina del mundo — la ha atribuido.

— Lo que me estás contando es un libelo ó una novela, plagio infeliz del *Vampiro*.

— Es la pura verdad. Esa mujer tiene no sé qué terrible influencia sobre el destino de los hombres que la rodean: su amor es funesto. Todos mueren miserablemente, — unos de celos, otros de dolor, unos en desafío, otros por el suicidio. Yo he sido, ya te lo he dicho, uno de los mejor librados y aun me resiento de mi herida en el pecho... Ya se la cuentan once victimas.

— Yo completaré la docena, interrumpí levantándome. ¿Quieres presentarme á ella?

— La verdad es que conmigo somos ya doce los sacrificados...

— Conmigo seremos trece — la docena del fraile. — ¿Quieres presentarme?

— Mira bien lo que haces, me respondió con visible repugnancia. Te lo aviso por tu bien.

— Estoy resuelto. ¿Cómo se llama?

— Su nombre es Laura: su título la condesa de B***. Puesto que estás decidido, vamos allá, prosiguió levantándose a su vez y echando juntos a andar. Ya me parece que hueles a difunto.

Es seguro que la condesa había adivinado todo nuestro diálogo a juzgar por la expresión de su rostro, cuando me incliné profundamente delante de ella, al presentarme Eduardo. Este, en cuanto me hubo instalado junto a Laura, se retiró como discreto.

No recuerdo haber encontrado jamás cerca de ninguna mujer una acogida mas verdaderamente seductora: no parecía sino que procuraba desvanecer la mala impresión que me habían hecho formar de ella las palabras de Eduardo. Hablamos de este, que ya estaba bailando otra vez. — Es buen muchacho, me dijo, pero demasiado niño a veces y a veces demasiado viejo para su edad. Parece que le quiere a Vd. mucho, pues hace tiempo que le oigo hablar de Vd. en términos que me hacían desear conocerle. Creo que solo para mí reserva la malevolencia, no se porqué, pues siempre le he querido bien. — Después de lo que me había dicho Eduardo, estas palabras, claro indicio de que había adivinado nuestra conversación, lo mismo que otras muchas que con la mayor naturalidad fué luego dejando caer, debían anunciarme en ella mucha sagacidad por una parte, y por otra un gran fondo de impudencia; y sin embargo, no sé porqué, me costaba trabajo tomarlas en mala parte, tal era la expresión de dulce tristeza con que las pronunciaba. Un vago presentimiento de que todo lo que me había contado mi amigo podía muy bien ser falso, atravesó mi mente como un relámpago a poco de empezar a hablarla, y según casi siempre me sucede, aquel presentimiento no me engañó.

Algun tiempo tardé en adquirir esta convicción, pero al cabo fué completa; y sin embargo, todo en un principio parecía confirmar las calumnias de que Eduardo se había hecho eco, en parte por ligereza, en parte por fatuidad, — fatuidad mas comun en el mundo, mas funesta sobre todo de lo que se cree.

Como sucede siempre entre personas que apenas se conocen, al principio solo hablamos de cosas generales, — de la amabilidad de la princesa, de la magnificencia de su baile, de algunas *toilettes* particularmente elegantes ó ridículas; — luego de *poesía y de arte*, medio indirecto para hablar de amor, tema inevitable al lado de una mujer hermosa. Hablamos de Jorge Sand y de sus audaces tentativas de emancipación mujeril; — de Roger de Beauvoir, que está metiendo mucho ruido con su *Écolier de Cluny*; del *Enrique III* y el *Antony* de Dumas; — de madama Dorval y Bocage, y sobre todo de *Nuestra Señora de París*, ¡el gran suceso del día! La condesa es muy romántica y algo *artista*: ¿quién no lo es hoy? Ha estado en España y me ha hablado mucho de su entusiasmo por Granada y Sevilla: conoce á Lope y Calderon, admira á Velazquez y Murillo. En tratándose de España, estos grandes nombres salen aquí infaliblemente á relucir, con el de Cervantes, pero también son los únicos que se citan. No parece sino que de entonces acá, el arte y la poesía no existen entre nosotros. Pasados los Pirineos, el juicio de los extranjeros sobre las cosas modernas de nuestro país se concreta en dos palabras con que á cada paso nos martillan los oídos, á modo de oración fúnebre: — ¡Pobre España!... La pregunté si quería dar una vuelta por los salones. — *Con mil amores*, me respondió en buen castellano, apoyando suavemente en el mio su hermoso brazo desnudo.

Por algunos momentos fuimos objeto de una curiosidad que al principio me turbó un poco: hasta los jugadores volvieron la vista hacia nosotros con cierto interés. Eduardo me hizo un guiño muy disimulado, pero muy irónico, y con sus puntas de compasivo... Aquella especie de provocación dispó como por encanto la especie de timidez que involuntariamente me había asaltado al sentir sobre mí, como una nube de flechas, tantas miradas sorprendidas. Dimos varias vueltas á los salones, hicimos una visita al *ambigué*, y no me sería fácil consignar aquí todas las discretas observaciones, todos los rasgos de delicada y punzante crítica que la inspiraron así los trajes, como los caracteres y las caras de las personas que tenían la desgracia de excitar su atención. Contra la general costumbre, era mas implacable con los hombres que con las mujeres. — ¡El mejor de los hombres vale menos que la peor de las mujeres! me dijo varias veces, y creo que tenía razón. *Ellas* sin embargo la demostraban al paso un desden que casi rayaba en grosería, al paso que *ellos* solían deshacerse en piruetas y rendimientos... Me atreví á hacerle esta observación y me respondió con indecible amargura: — *Ellas* tienen razón porque me creen mala: eso prueba la natural nobleza de su alma. Ellos me creen mala también y por eso me adulan: esto prueba su vileza.

— ¿Según eso... también yo seré vil?...

— No: Vd. es curioso y quiere estudiarle.

— Y no habrá en el mundo estudiante mas aplicado que yo.

— ¡Triste objeto de estudio ha elegido Vd.!

— Pero muy hermoso, ó si no, díganlo sus estragos...

— ¿Cree Vd. de veras que doce hombres han perdido la vida por mí? dijo mirándome con aire de triste convencimiento.

Aquella prueba de sagacidad, casi de adivinación, me hizo estremecer involuntariamente.

— Además, prosiguió, yo no soy hermosa.

— El hombre, señora, hace la *hermosura* de... lo que le gusta, lo mismo que la *verdad* de lo que cree. Para mí es Vd. muy hermosa, muy amable, — pero un poco mordaz. Ya ve Vd. que soy franco.

— No hablemos de mí, ni de Vd., hasta que nos conozcamos mejor.

Y con esto seguimos hablando de los demás. Había allí gentes tan ridículas de suyo y era tal es el entusiasmo con que se burlaba de ellas mi portuguesa, que mas de una vez tuve que apretarla ligeramente el brazo para refrenar los impetus de su buen humor. Sobre aquellos cabalmente que mas rendidos se le mostraban y á quienes al parecer acogía con mas agasajo, disparaba ella luego con mas brio las flechas de oro de su ingenio; y yo recibía tanto placer en escucharla que apenas echaba de ver la aguda puntita de acero que llevaban las mas. ¡Es tan grato oír criticar con gracia ridiculeces de que nadie es bastante modesto para creerse poco menos ampliamente provisto que los mas ridiculos! Al atravesar un corro de elegantes que acababa de abrirse para dejarnos paso, me dijo Eduardo al oído: — ¡Compasión para aquel misero!... — indicándome con los ojos un jóven de hermosa figura, alto, muy pálido, con largas melenas, — una cabeza de Cristo sobre el cuerpo de un *Antony*. — Su traje exageradamente romántico, la amarga sonrisa que vagaba sobre sus labios cárdepos convulsivamente apretados, las precoces arrugas de su noble frente, sus ojos negros, profundos, llenos de inteligencia y de pasión, todo en él revelaba una víctima... de algo, — del amor, de la ciencia, de la ambición, ó simplemente de esa fascinadora literatura que hoy está en moda, y cuyos aromas son mortales, como los de ciertas plantas hermosísimas, pero venenosas, que nacen en los trópicos. Tenía el codo apoyado en el mármol de una chimenea y reclinada la cabeza en la palma de la mano, mirándonos con ojos tristes, casi desenchajados. No sé porqué, su vista me hizo pensar en la graciosa niña con quien había bailado al principio; y sin embargo en nada se parecían.

— Ese jóven, á lo que entiendo, dije á Laura, nos mira, á Vd. con dolor, á mí con ceño. ¿Estará celoso de mi privanza momentánea, y por desgracia ¡ay! nada mas que aparente? ¿Le conoce Vd.?

Por mas cuidado que puse en observar la mirada que echó al jóven romántico mi nueva amiga, no pude descubrir en ella mas que un poco de despecho, mezclado á un gran fondo de compasión. También me pareció notar que se ponía un poco pálida.

— ¡Pobre muchacho! exclamó en voz baja y como hablando consigo misma, luego que hubimos pasado á otra pieza. Esa obstinación es verdaderamente insensata: no se quieren convencer de que mi corazón ya no puede latir... ¿Es culpa mía si en su lugar solo me queda ya un poco de ceniza sobre una llaga?

Soy muy jóven y todavía creo en muchas cosas, — hasta en la sinceridad de las mujeres. He visto ya sin embargo tantas comedias, fuera del teatro; sé que es tan comun afectar ciertos sentimientos novelescos, ciertas situaciones interesantes, misteriosas, excepcionales, que acaso no hubiese creído en las palabras de mi seductora portuguesa, si una lágrima que sorprendí en sus ojos y cierto temblor nervioso que su brazo imprimió á todo mi cuerpo como un chispazo eléctrico, no hubiesen revelado que aquello era verdad.

— No me siento buena, prosiguió. ¿Quiere Vd. tener la bondad de decir que arrimen mi coche?...

Pocos momentos después nos separamos, después de haberme dado permiso para ir al día siguiente á ponerme á sus piés, y dejándome con su ausencia ¿á qué negarlo? desembarazado de un peso juntamente agradable y enojoso, como si metido en una atmósfera muy impregnada de fuertes aromas, hubiese encontrado de pronto el aire que antes me faltaba para respirar. — Empezaba entonces la orquesta un precioso *galop*, y como tenía necesidad de movimiento y agitación para no acordarme de aquella furtiva lágrima que acababa de ver brillar como un vivo destello de poesía en unos hermosos ojos, fuí á ofrecer el brazo á una señorita española, fresca y rosada como una mañana de abril. Estaba toda vestida de blanco: una camelia de nieve realzaba el ébano de sus cabellos. Partimos con la rapidez del relámpago, atrevesando los tres salones consecutivos y rozando en nuestra rápida carrera multitud de faldas, cintas y espaldas desnudas: era aquello un caos, — algo parecido á las fantásticas escenas que se suceden en un kaleidoscopio. Yo no sé si me divertía ó no: apenas podía tenerme de pié; se me iba la cabeza y sin embargo sentía un placer vago, indefinible, semejante al que produce una música lejana en la misteriosa calma de la noche... Mi espíritu estaba á cien leguas del baile de la princesa.

Uno de aquellos diminutos seres barbudos, conocidos con el nombre de enanos bailaba también el *galop* con una dama cuyo codo de nieve y rosa circulaba sin tocarle sobre el craneo del hombrecillo. Observa Sterne en su delicioso *Viaje sentimental* que el número de los enanos es muy considerable en París, y yo añado que todavía es mayor el de los que tienen la odiosa costumbre de burlarse de ellos. Lo juzgo una necesidad cruel; así es que nunca me han hecho gracia esos millares de caricaturas de *M. Mayeux* que hoy inundan esta patria del *esprit*. Creo que mi enano hacia mal en ponerse á bailar y peor aun en elegir, como todos los de su talla, una pareja muy alta; pero burlarse de él, era una crueldad y, mas ó menos, todos lo hacían.

No era aquel sin embargo lo que llama nuestro elegante Solis un verdadero *error de la naturaleza*, pero era muy chiquito, tiesecillo por lo demás como un buso, muy prensado en su chaleco blanco de piqué con cuello de terciopelo amaranto, calzados con perfección sus piecitos liliputienses y con cara de pocos amigos. Mirábanle todos con la mas escrupulosa atención y muchos se comunicaban luego unos á otros sus observaciones casi en alta voz, dándole al parecer con ellas muy poco gusto un enorme coloso, principalmente, uno de esos hombres bigotudos y quimeristas, tipo rezagado de las costumbres soldadescas del Imperio que por fortuna va desapareciendo de este país, parecía complacerse en irritarle con su afectada insolencia. Llegó esta á punto una vez de darle como al descuido un fuerte coscorron en la cabeza con el reverso de la mano, añadiendo en seguida con irónica seriedad: — Usted perdone: ¡no lo había divisado! — Lanzóle el ofendido una mirada terrible, — y tres noches después, el enano se reía como un verdadero *Mayeux* oyendo á Odry y á Vernet en *Les anglaisés pour rire*, y el insolente coloso yacía tendido para siempre bajo los deshojados sauces del P. Lachaise. Los desafíos aquí suelen ser cosa muy seria.

Por un momento me creí á punto de verme comprometido en uno, sin poderlo evitar y con mucho disgusto mio, sin embargo. Hé aquí la conversación que, apoyados uno y otro en el mármol de una chimenea, tuvimos en voz baja el jóven romántico que parecía tan apasionado de la hermosa portuguesa y yo, en una sala en la que ya no quedaba casi nadie (eran las seis de la mañana), habiéndome él rogado cortesmente que le siguiese hasta allí. Estaba aun mas pálido y fatídico que antes: un temblor febril agitaba todo su cuerpo: una vez que puso su mano sobre la mía, se la sentí cubierta de un sudor frio. Después de un breve silencio, empezó así:

— Voy á decir á Vd. una cosa que le sorprenderá sin duda. Tenemos que batirnos mañana.

— Hoy mas bien querrá Vd. decir, interrumpí mirando el cuadrante que teníamos al lado, pues veo que ya es de día.

— Mañana — sí, hoy, como Vd. quiera; me es indiferente. A las 4 de la tarde, en el bosque de Bolonia, puerta Maillot, nos encontraremos si Vd. gusta, cada uno con dos amigos.

— ¿Y podré saber la causa de una provocación tan inesperada y, — me atreveré á añadir, — tan...

— Tan descabellada, tan poco racional, querrá usted decir?... ¡Ah! no tiene Vd. para qué atenuar el justo rigor de mis expresiones. Bien sé que Vd. no me ha dado motivo ninguno para esta provocación; bien sé que debo parecerle á Vd. un loco, — un loco furioso, — y acaso lo estoy. Yo mismo no sé lo que soy ni lo que pasa por mí.

Quedó por algunos momentos con la cabeza caída sobre el pecho y realmente creí que había perdido el juicio. Luego prosiguió:

— Lo único que sé es que yo no puedo vivir así, — que es preciso acabar de una vez, y que sea de mano de Vd. ó de la de otro, quiero recibir el inmenso beneficio de la muerte.

EUGENIO DE OCHOA.

(Se concluirá.)

Expedición de Siria.

EL CHEIK YUSEPH GORAM-BEY Y EL PATRIARCA DEL LIBANO.

Yuseph Coram-Bey, jefe del campo maronita de Yuni, es de Gibail; su familia es muy antigua. Su distrito se extiende por detrás de Trípoli, mas abajo de Balbeck, y sobre la vertiente del Líbano que mira al mar. Ha sido educado por los jesuitas de Eeden y habla bien francés, con un ligero acento levantino. Su aire es distinguido. Cuando habla tiene una serenidad en la dicción y una sobriedad en los ademanes, que son una prueba de la nobleza de su origen. — El cheik ha sido uno de los mas ilustres combatientes en la última lucha contra los drusos.

Hace pocos días que se halla en Yuni. A la primera noticia de los degüellos escribió al bajá de Beyruth pidiéndole permiso para pasar á Zahalé como simple viajero. Zahalé era entonces el refugio de los cristianos que se habían reunido allí de mas de diez leguas en contorno. El bajá comprendió al punto la intención y negó el permiso. Yuseph había esperado dos días la respuesta, y este tiempo le bastó para reunir unos 500 hombres. Con ellos partió, y al llegar á las alturas de donde se descubre el valle de Zahalé, buscó en vano la ciudad, reducida á un montón de escombros.

.... El cheik nos ofreció una escolta y caballos para llegar hasta el monasterio de Zuk, habitado por el patriarca del Líbano. Un jefe maronita marchaba delante de nosotros para enseñarnos el camino, y dos soldados á pié subían á nuestro lado el flanco pedregoso de la montaña. Al cabo de media hora nuestra pequeña caravana se detuvo en el patio del monasterio donde nos esperaban dos obispos y algunos sacerdotes.

Los seguimos hasta el fondo de un estrecho corredor de granito, y entramos en una sala elevada y dividida á la moda turca por estrados cubiertos de ricas alfombras.

El patriarca, que estaba sentado en el fondo sobre un inmenso sofá de seda, se levantó y nos saludó muy afable en italiano.

Es un hombre de cincuenta años; sus ojos, de mira-

da suave y brillante, animan un rostro bronceado con una larga barba ya canosa. Viste á la turca, una tela purpurina muy ligera, y lleva un turbante negro de una forma particular á los prelados maronitas. Nos habló largo rato sobre los tristes sucesos de la Siria, y nos manifestó cuán agradecido estaba á la Francia por la proteccion que dispensaba á los cristianos de Oriente. Habian sacado pipas, café y sorbetes, y al punto que concluimos de fumar, el patriarca nos propuso visitar su monasterio. — Monseñor Mourad, obispo de Laodicea, nos acompañaba. El convento es muy grande y todo de piedra. En el fondo de sus galerías hay ventanitas estrechas y largas que gracias á la admirable situacion del convento, ofrecen un vasto panorama de la costa y del mar. Desde una de esas ventanitas que mira al

Sur se descubre el Libano, que sale risueño y verdoso del Océano azul, y eleva hasta el cielo una cumbre árida é inaccesible. Por entre la verdura asoman aldeas hasta el punto en que la mirada se pierde en la bruma que corona, como una blanca cabellera, la frente de la montaña. — A lo lejos extiende Beyruth, sobre

la capa de arena encarnada que la domina, sus casas blancas y pintadas, sus higueras y su golfo cubierto de buques. Luego completan el paisaje las aldeas drusas y maronitas, los campamentos turcos con sus tiendas verdes, los rios del Lobo y del Perro, los pinares y algunas palmeras. La aldea de Zuk baja de una

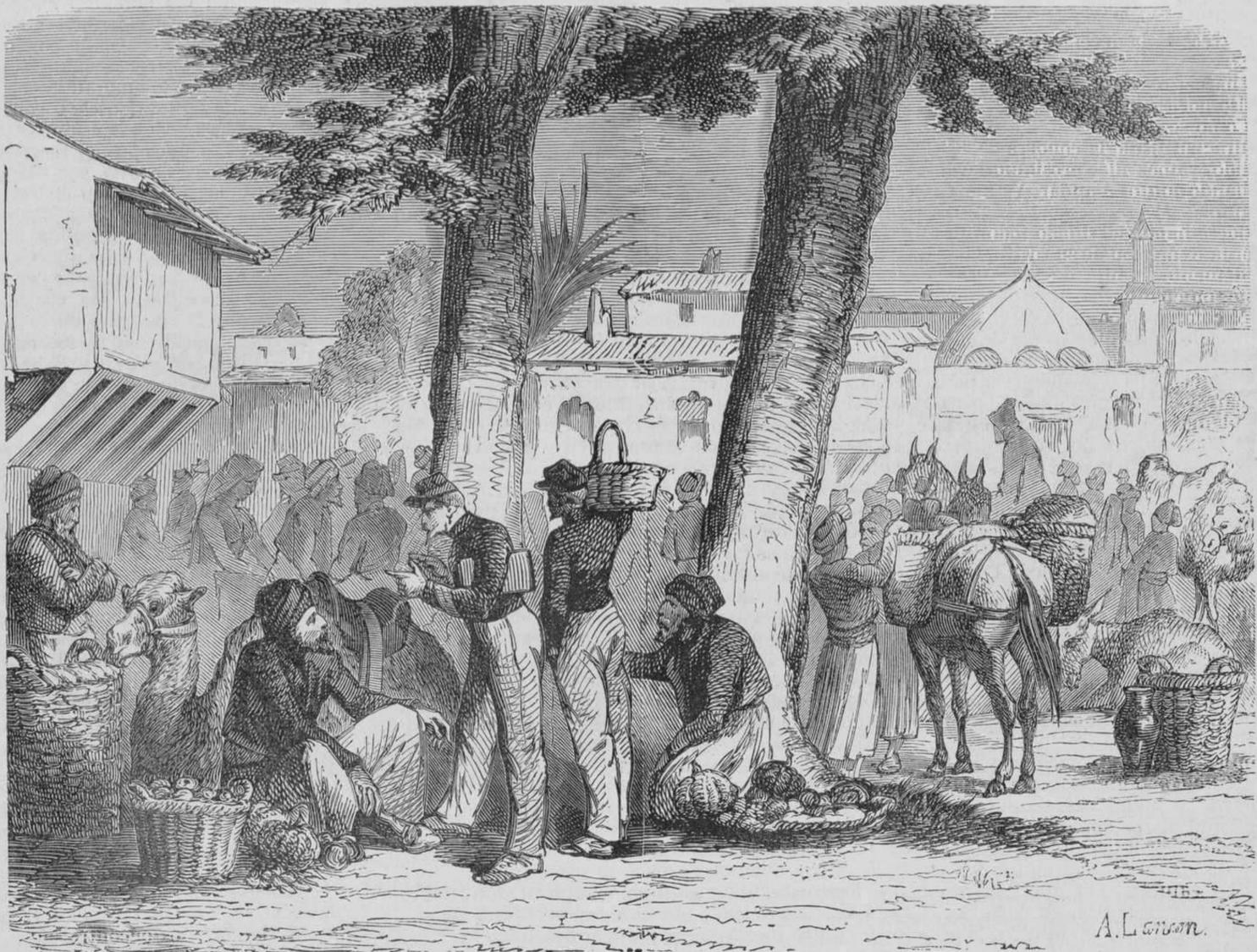
montaña hasta la playa de Yuni. El monasterio de Anturah corona su cumbre, y se ven los hermosos naranjos de follaje sombrío de que han hablado Volney, lady Stanhope y M. de Lamartine. El nombre del gran poeta, del príncipe de los Francos, como le llaman aun los montañeses, se borra poco á poco de la corteza del mas hermoso de aquellos árboles. El de Volney ha desaparecido completamente. — Al bajar del monasterio el guia nos mostró el convento de Ghazir, donde los jesuitas han fundado una escuela de niños, y á medio camino está el de los Hobeish, que los príncipes maronitas de este nombre han construido bajo la condicion de que el superior ha de ser siempre de su familia.

El superior actual es seglar, y vino á vernos dos dias despues con sus dos hijos, á quienes destina á la carrera eclesiástica.

En la playa de Yuni vimos á los cristianos reunidos en torno de la casa de su general, Yuseph Coram-Bey, que compraban y cambiaban sus armas al mismo tiempo que venian á pedir el pan del dia...

Yuni 1º de julio de 1860.

E. N.



EXPEDICION DE SIRIA. — UN MERCADO EN EL LIBANO.



YUSEPH CORAM-BEY, JEFE DEL CAMPO MARONITA DE YUNI.



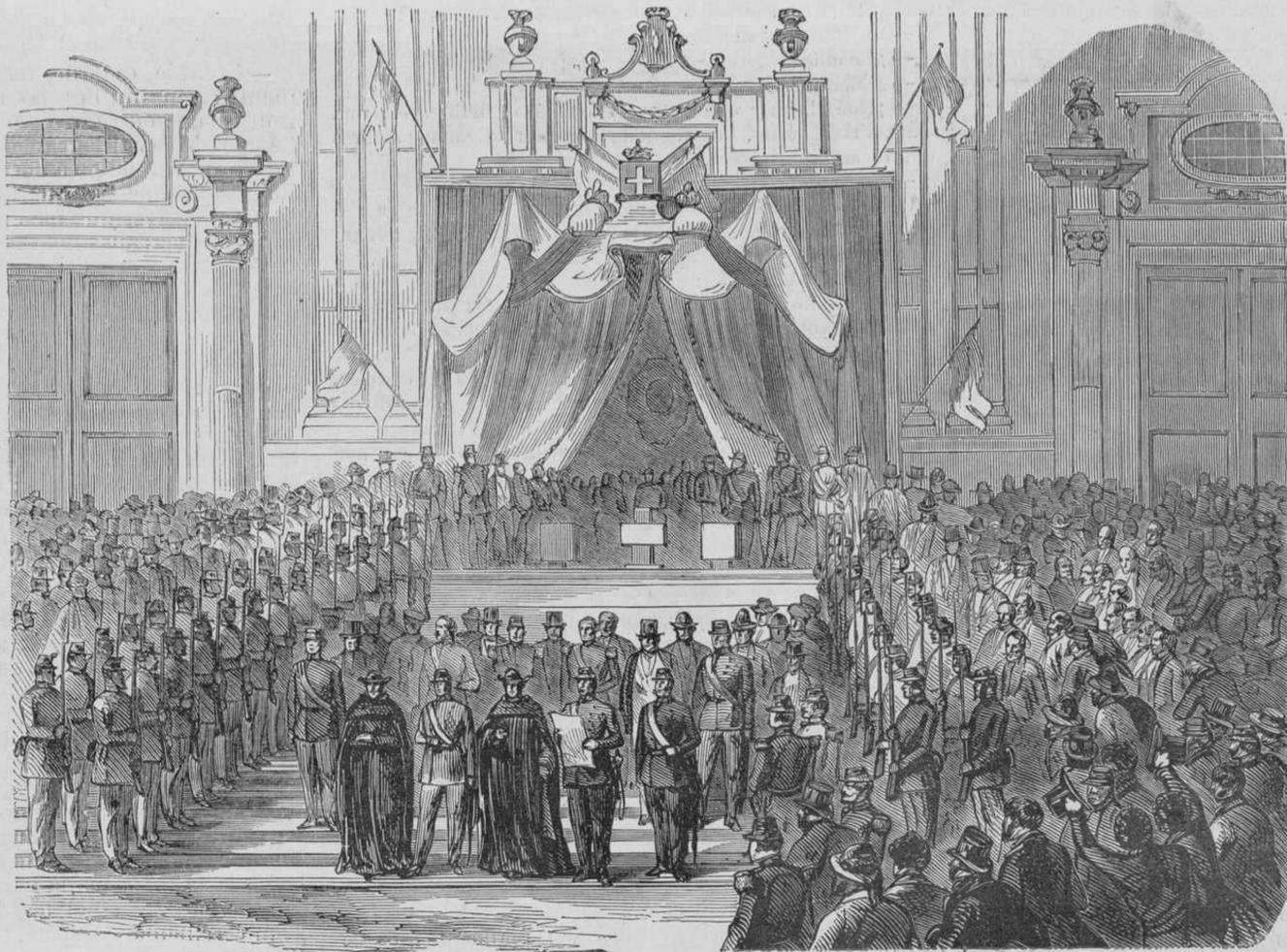
EL PATRIARCA DEL LIBANO.

Sucesos de Nápoles.

PUBLICACION DEL PLEBISCITO EN REGGIO (CALABRIA). — BENDICION DE LAS BANDERAS HUNGARAS EN NAPOLES.

En nuestro número anterior hemos dado á nuestros lectores los resultados de la votacion anexionista en el reino de las Dos Sicilias, y así no entraremos hoy en mas detalles á propósito de nuestro dibujo que representa la publicacion del plebiscito en Reggio el 21 de octubre de 1860.

En cuanto á la segunda lámina de esta misma página que figura la gran ceremonia de la distribucion de las banderas húngaras que tuvo lugar el 21 de octubre en la plaza de Francisco de Paula de Nápoles, esta necesita algunas explicaciones. — Tratábase, como decimos, de la bendicion de los pendones húngaros que habian sido enviados por las señoras de Palermo: al uno se le dió el nombre de Esteban, en honor del patron de la Hungría; al otro se le denominó José, en honor de Garibaldi. Las madrinas fueron las señoras Teresa Garibaldi y la marquesa de Pallavicino.



PUBLICACION DEL PLEBISCITO EN REGGIO (CALABRIA) EL 21 DE OCTUBRE DE 1860.

El dictador, al entregar esas banderas á los oficiales magyares, les dirigió las siguientes palabras:
« En nombre de la Italia agradecida os entrego estas banderas, recompensa de la sangre que habeis derra-

sé de blasfemias y de invectivas contra el Padre Santo, que nos abstenemos por lo mismo de reproducir. Parece sin embargo que la última parte de la peroracion del dictador relativa al papa, en la cual atacó no

mado, generosos húngaros, por la redencion de la Italia.

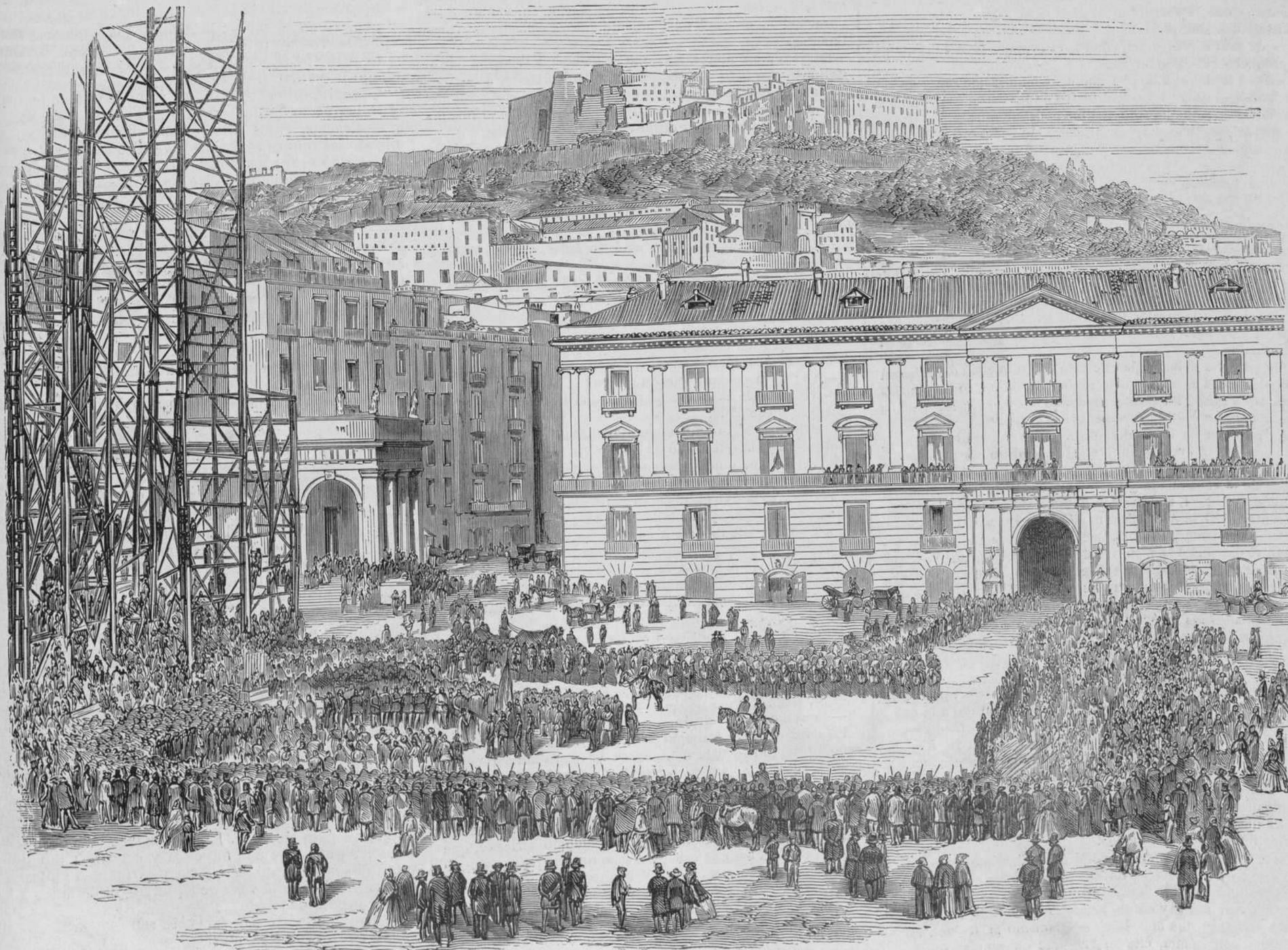
» Segun su costumbre, siempre os conducirán á la victoria.

» La independencia y la libertad de la Italia están estrechamente ligadas á la independencia y á la libertad de la Hungría. ¡Viva la Hungría!

El general Turr habló á sus tropas en estos términos:

« Vuestro pasado me responde del porvenir. A vuestra cabeza entraremos en nuestra querida patria y caeremos sobre el enemigo con la rapidez y la violencia del huracan. Bien pronto volveremos á verla, cuando la independencia de la Italia se haya asegurado para siempre. »

Despues de esta ceremonia se dirigió Garibaldi al palacio de la Forestería, y situándose en el balcon de enmedio, donde estaban ya los marqueses de Villamarina, el productador y algunas otras personas, pronunció un discurso que es una



BENDICION DE LAS BANDERAS DE LA LEGION HÚNGARA EN NAPOLES.

tan solo su poder temporal, sino el espiritual, produjo una amarga impresion en toda la gente sensata que lonoce las funestas consecuencias que semejantes pacabras pueden producir en el pais.

Revista de Paris.

Se habla ya de las primeras reuniones de invierno. Rossini tiene abiertos sus salones, y todos los sábados se reúnen en ellos los artistas de mas nota que hay en Paris con el corto número de aficionados que tienen el envidiado honor de ser admitidos en casa del maestro. El sábado último Rossini habia reservado á su reunion una sorpresa inusitada: tratábase de la ejecucion de una obra nueva, un duo español escrito para las hermanas Marchisio por el ilustre autor del *Barbero*, y que las dos artistas interpretaron admirablemente. Rossini acompañaba al piano.

Inútil es decir que esta obra fué recibida con gran aplauso por la concurrencia; debemos añadir en honor de los parisienses, que son los mas constantes admiradores del genio de Rossini.

El acontecimiento principal de la semana que acaba de trascurrir ha sido la venta de la biblioteca de M. Solar, de que hemos hablado á nuestros lectores en nuestra última revista, y otra almoneda no menos curiosa, la de la coleccion de autógrafos de M. Lajarriete. La primera no se ha terminado aun, y se cree que producirá un total de mas de quinientos mil francos; las obras que componen la librería del literato millonario son disputadas encarnizadamente tanto por los bibliófilos de profesion, si nos es permitido hablar así, como por los simples particulares que desean adquirir algunas de las preciosas obras que M. Solar habia sabido reunir á fuerza de tiempo y de trabajo.

La coleccion de autógrafos recogidos por M. Lajarriete constaba de tres ó cuatro mil; de todo habia en ella: cartas de príncipes, de sabios, de guerreros, de artistas, de mujeres célebres de todas las categorías y de todos los tiempos.

Citemos algunas de las mas notables:

Boieldieu, en una esquelita dirigida á Choron, pide 2,400 francos por un *Te Deum* que debe cantarse en la catedral de Paris.

Paer, menos rico, expone tristemente á un ministro los servicios que ha podido hacer, y se limita á pedir que le conserven su pension.

Favart escribe á su señora que aunque las flamencas son muy amables, para él no hay mas mujer que ella en el mundo.

Gavandan, destituido en 1793 de su grado de oficial de la milicia parisiense, suplica á los miembros del comité revolucionario que le devuelvan su grado, no por él, «lo cual importa poco, sino por la honra y estimacion de sus compañeros de armas, el primer tesoro, la primera necesidad de un verdadero republicano.»

Lays escribe al ministro que «no deplora los mil y un sacrificios que ha hecho por el teatro de las artes, á pesar de la ingratitud de que ha sido víctima constantemente.»

Rouget de l'Isle pide la direccion de la Opera, y se compromete «á salvar esa magnífica manufactura, ese foco inmensos de la industria francesa, convirtiéndole en un espectáculo verdaderamente nacional, el mas espléndido y menos oneroso que haya existido nunca en el universo.»

Gacchini, Nicolo, Paisiello, Quinault, Paganini, etc., la Pasta, la Sontag y madame Orfila (es imposible copiar todos los nombres) figuran en esta vastísima coleccion.

M. E. Guinot, al hablar en su crónica parisiense de los autógrafos de M. de Lajarriete señala una contradiccion histórica muy notable en una carta de la reina Maria Antonieta á la princesa de Lamballe, en la cual trata de disuadirla de que vuelva á su lado por los peligros que en este caso podrian amenazarla.

Sin negar la autenticidad de esta carta, que sin duda habrá sido sometida al exámen de los peritos como todos los demás autógrafos, M. Guinot se limita á recordar los hechos que contradicen categóricamente su contenido.

La princesa de Lamballe, dice, habia emigrado desde el principio de la revolucion, estableciéndose en Aquisgran, donde tenia una especie de corte formada por las notabilidades de la emigracion y por algunos príncipes extranjeros. Cuando Luis XVI, traído de Varennes, aceptó la constitucion presentada por la Asamblea nacional recobrando así un simulacro de poder, la reina queriendo reorganizar su servidumbre, escribió á la princesa de Lamballe para que volviera á ocupar su puesto de superintendente. — Este es un hecho oficial corroborado con pruebas irrecusables; ¿cómo es que el autógrafo en cuestion dice justamente lo contrario?

Consultados los personajes que estaban en Aquisgran con la princesa de Lamballe, respondieron á la princesa que debia permanecer en el destierro, porque los peligros de la situacion eran muy grandes.

La princesa adoptó este consejo que la salvaba; pero por desgracia suya una persona que no habia asistido á la deliberacion y cuyo parecer le importaba mucho, la dijo que despues de haber sido la favorita de la reina en los dias de su prosperidad, seria muy generoso por su parte el volver á servirla en los tiempos de su mala fortuna.

— Teneis razon, exclamó la princesa cuyos nobles sentimientos se despertaron al oír tan funestas palabras.

Y al día siguiente salia para Paris, donde la esperaba el trágico fin que todos sabemos.

Ahora bien, el autógrafo de M. de Lajarriete contradice todo esto; y sin embargo, no dejará de venderse á buen precio como un recuerdo de la infortunada esposa de Luis XVI; tal es el furor que hay en el dia por los autógrafos.

Para terminar una anecdota. — El mismo M. Guinot, refiriéndose á este manía, cita un caso que queremos indicar á

todas las notabilidades cuya firma sea solicitada con empeño.

Un millonario de Berlin pedia un autógrafo á M. de Humboldt, quien vencido al fin por sus instancias le dijo:

— Sí, señor; se le dará á Vd.

— ¿Cuándo?

— Mañana.

— ¡Qué dicha y qué honor! exclamó el millonario; una carta dirigida á mí, que sin duda contendrá algunas palabras que deban lisonjearme.

— No lo dude Vd., repuso el sabio.

Con efecto, al otro día el millonario ve llegar á su casa á un pobre hombre portador de la carta de Humboldt, y tomando el precioso papel se apresura á leerlo.

Hé aquí su contenido:

«Amigo mio: esta carta tiene por objeto dar gracias á usted anticipadamente por la accion generosa que se indica en ella. Al entregar al pobre mensajero que le envío á Vd. una suma de doscientos thalers, hace Vd. una obra de caridad, socorre Vd. á una familia indigente, honrada y digna de interés bajo todos conceptos.

» Por mi parte se lo agradezco á Vd. de un modo extraordinario, y dejo insertos estos doscientos thalers á su nombre de Vd. en el libro de mis recuerdos y de mi gratitud.»

El millonario no tuvo mas remedio que echar mano al bolsillo, aunque advirtiendo quizá que la cosa le habia resultado un poco cara.

Los diarios de Paris de esta semana cuentan, con referencia á un periódico de Lyon, una anecdota singular. — Hace algunas semanas un comerciante de Paris que viajaba por sus negocios, habia dejado en una fonda de Lyon á un negro de la Jamaica que al cabo de muchas peregrinaciones por mar y por tierra, habia sido traído á Francia y habia entrado á servir al comerciante en cuestion.

El negro solo enteramente estaba muy aburrido en su aislamiento, tanto mas cuanto que su rostro como el azabache y su ignorancia absoluta de los usos y costumbres del pais le exponian á toda clase de burlas por parte de los criados de la fonda.

Lo que mas daba márgen á las burlas era el terror extraordinario que causaba al negro, acostumbrado al calor casi invariable de los trópicos, el rigor de los primeros frios de este otoño, de que no tenia aun la mas ligera idea.

Divertíanse exagerando á sus ojos esta horrible calamidad con los cuentos mas absurdos; todas las mañanas le leian en un diario de Lyon la historia de cinco ó seis centinelas que se habian helado durante la noche en sus garitas; de varios hortelanos petrificados por el frio con sus caballerías y sus verduras cuando se dirigian á la plaza, ó de algunos cocheros que habian sucumbido en el pescante, y nada menos que en la calle de la ciudad donde él residia.

El pobre africano llegó á espantarse de tal manera con estos relatos, que se encerró en su habitacion sin lumbré, para llorar allí su próximo fallecimiento que ya consideraba como infalible.

Un jóven escultor lionés que se hallaba á la sazón en la misma fonda, tuvo lástima del negro, y llamándole á su cuarto para que se calentara, le tranquilizó sobre los rigores del invierno y sobre los misterios tan horrosos como incomprendibles del agua cambiada en piedra.

El escultor modelaba entonces el busto de una niña que iba todos los dias en coche con su madre para servirle de modelo.

Williams (así se llamaba el negro) se aprovechó de la ocasion para cerciorarse de lo que le habian contado acerca de los cocheros que se helaban.

— ¿Cómo puede Vd. venir aquí sin helarse en el camino? preguntó á la niña.

— ¡Oh! le respondió esta que se hallaba al corriente de la broma; tomamos nuestras precauciones.

— ¿Cuáles son?

— Traemos una estufa.

— ¿Dentro del coche?

— Sí; dentro del coche.

— Ya; ¿y el cocher que está fuera?

— El cañon de la estufa pasa por debajo de su asiento y hace que no se hiele.

Y al decir esto, la niña no pudo menos de soltar una estrepitosa carcajada que acabó de calmar los terrores del negro. Sin embargo, como continuaba haciendo frio, Williams pasó todo el día tostándose las piernas en la chimenea del escultor; y este tuvo entonces la curiosidad de estudiar atentamente el carácter y la inteligencia del pobre africano.

En un momento modeló á su vista una cabeza de hombre en un poco de barro, y le dijo que él modelara otra.

Williams puso manos á la obra con la presuncion de un salvaje que no tiene conocimiento de lo que hace; pero con gran asombro del maestro logró de buenas á primeras imitar su modelo con una perfeccion extraordinaria.

Entonces el artista, deseoso de ver hasta dónde podria llegar aquel talento natural de imitacion, puso á Williams delante del espejo y le dijo:

— ¿Ves esa cabeza?

— Sí, señor.

— Pues hazme su retrato.

Esta vez el negro trabajó con mas atencion que antes, y al cabo presentó al artista una cabeza de negro tan parecida á la suya, que todas las personas de la fonda exclamaron al verla:

— ¡Es Williams!

En suma, el profesor quedó tan satisfecho de las diferentes pruebas de dibujo y escultura de su alumno africano, que cuando llegó el amo de este para llevarle á Paris en su compañía, le aconsejó que diera á Williams la carrera de escultor, para la cual manifestaba disposiciones poco comunes.

El comerciante prometió hacerle así, y su criado se encuentra hoy estudiando con un escultor parisiense de los de mas fama.

MARIANO URRABIETA.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuacion.)

— Es tarde, es tarde, respondió el príncipe solemnemente: son inútiles las amenazas; inútil el llanto; inútil todo: entre tú y yo hay un abismo. Mi corazon ha llorado por tí lágrimas de sangre. Y en la desesperacion he aprendido á despreciar tu memoria: y aquella imágen celestial que fué el encanto de mi vida, es hoy un cadáver que me ahoga: y tu voz, y tus suspiros, y tus lágrimas me estremecen, porque estoy acostumbrado á ver en tí el dominio de la vanidad, del egoismo y de la fatalidad de mi triste vida.

— Nicolás, te amo como una loca, ten compasion de mí.

— Es tarde... es tarde... respondió lúgubrememente el príncipe: no te amaré nunca, ni para salvar mi alma de la condenacion eterna.

— Pues si es tarde, tú te acordarás de esta mujer á quien has visto de rodillas llorando á tus piés en las orillas del mar de Dieppe; tú te acordarás, dijo alejándose aquella hiena desesperada.

LA FAMILIA DEL PRINCIPE NICOLAS.

Eran las doce y media de la noche, cuando el príncipe entró en el hotel Real; aquella era la residencia de su familia; la de la calle de San Remy la madriguera, donde el lobo se entretenia en las horas del delito. En aquella solitaria habitacion nadie vivia; era su ornamento magnífico; solo en las noches de cita se alumbraban las ricas lámparas, ardia el pebetero y se deramaba el kœnigsberg, el champagne y el sauterne del 45.

El piano de Erard entonces se oia; y se desplegaban las verdes cortinas del ebúrneo lecho, y dos criados vestidos de negro de perfecta etiqueta se sentaban silenciosos en la antecámara, y una mujer como de cincuenta años aguardaba en el tocador, vestida de blanco, con gran ceremonia y respeto. En la casa de la calle de San Remy corria el oro, señor de los goces de la tierra y llave con que abria todas las puertas aquel hombre, cansado de los placeres: allí era donde por el jardin, desconocida de todos, incluso de los criados del príncipe, entraba Otilia dos veces á la semana, antes de dar el reló de San Remy las ocho de la noche, mientras Hércules creia que iba á la sala del gimnasio.

Pero en el hotel Real donde acababa de llegar el príncipe, vivian la princesa Zeneida y sus dos hijos, y aquel era el hogar del matrimonio.

El príncipe subió la escalera silencioso y taciturno, y penetró en el salon; la princesa fijó en él sus ojos escrutadores sin interés afectuoso de ninguna especie.

El príncipe se sentó; sus dos hijos colgándose de su cuello le colmaron de caricias.

— Padre, dijo el mayor, va á dar la una de la noche y te hemos aguardado para tomar el té.

— Gracias, hijos míos, respondió el príncipe, poniendo las manos sobre sus juveniles cabezas. La princesa sirvió el té; los niños volvian sus ojos amorosos á la frente pálida de su padre; la princesa, á pesar de la frialdad de su corazon, estaba conmovida sin saber cuál era la causa.

— ¿Qué tienes, Nicolás? le preguntó al fin.

— Nada, respondió el príncipe, besando la cabeza de sus hijos. ¡Pobres niños, qué cerca está de vosotros la orfandad!

— Padre, no llores, le dijo el mas pequeño.

— Dios quiera que sean estas mis ultimas lágrimas, exclamó conmovido.

Los niños, acabado el té, despues de recibir el beso y la bendiccion paterna, se fueron al lecho, y con ellos la princesa Zeneida.

El príncipe Nicolás se quedó solo, perdido en el inmenso mar de sus remordimientos.

QUE EL MAL HECHO EN EL CORAZON DE UNA DONCELLA NO SE CURA NUNCA.

Mientras por el alma del príncipe cruzaban todos los recuerdos lamentables de su vida, sonó la una de la noche, y en la casa de Hércules comenzó el preliminar de un horrible drama.

Paso á paso, con la cabeza caída sobre el pecho, pálido como la muerte, entró el bañero y subió maquinalmente la oscura escalera.

La abuela estaba sentada al pié de la cama de su hija con los ojos fijos á la entrada de la puerta: su corazon latia como el de la corza cogida por los perros; pero en su frente resplandecia la solemnidad de la justicia y la gran elevacion de su virtud y experiencia.

Debajo del crucifijo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, estaba la pobre Otilia, destrenzados los rubios cabellos, con los ojos llenos de lágrimas, con su boca entrecabierta, y con la cantidad del alma desgraciada y afligida, á quien el huracan de las pasiones arrebatada apretándola y tirándola mil veces sobre la tierra indefensa y sin tener á donde fijar las manos para salvarse. La niña conservaba en medio del dolor una serenidad angélica y celestial; tan pura y tan elocuente, que la justicia y la maldad empedernida se rendian á la vista de aquel ángel de dolor y de virtud sublime.

Hércules entró tenebroso y se sentó delante de su madre sin levantar los ojos.

— Perdona á tu pobre hija, le dijo con apacible voz la desconsolada abuela.

— Yo no tengo hija, respondió el irritado Hércules.
— ¡Padre, perdón! exclamó la niña deshecha en lágrimas.

Hércules fijó en Otilia sus ojos inyectados de sangre... hubo un momento de terrible silencio.

— Dichosa tu madre, que bajó al sepulcro antes de probar la vergüenza de tu deshonra...

— Padre, tu hija es desgraciada; pero no ha deshonrado tus canas; te lo juro por la memoria de mi madre, dijo poniendo la mano sobre el crucifijo de marfil que colgaba al lado del lecho paterno.

Hércules se pasó la mano derecha sobre la anchurosa frente, como si quisiera arrancar de ella los pensamientos de venganza que la abrasaban.

— ¿Y por qué salías por la puerta del jardín del príncipe? dijo deshecho en lágrimas: ¿qué has ido á buscar á esa casa infame? Responde, responde, hija desaventurada...

— Padre, yo amo con toda mi alma al príncipe Nicolás, contestó arrebatada por el dolor la pobre criatura; pero yo no me he deshonrado, estoy tan pura como el día que nací.

— ¿Conoces á ese hombre? dijo temblando de ira el bañero. ¿Tú sabes que es casado? ¿que tiene hijos? ¿que es un perverso?

— Padre, lo conozco... respondió la infeliz deshecha en lágrimas; antes de saberlo lo amé con toda mi alma; cuando lo supe lo maldije y huí de él espantada: tú sabes que estuve á las puertas de la muerte y llorando me preguntaste muchas veces la causa del mal que me arrastraba al sepulcro; yo combatí con mis angustias y me levanté del lecho: y apenas convaleciente vino á pedirme perdón arrodillado á mis pies: tuve piedad de ese hombre, que será un malvado, pero que ha respetado á tu pobre hija, — te lo juro, padre, por el descanso de mi madre.

La abuela tenía cogida la mano derecha de Hércules, y con la izquierda acercaba al seno paterno á la pobre Otilia.

— Hércules, perdona á tu hija, y sálvala del huracán que la rodea. — Dios la perdonaría, ¿y tú no la amparas en el primer naufragio de su vida?...

— Sí, dijo el marino, sí, ven, hija mía: acércate; la mar es grande, mis brazos te sacarán á la orilla: ven, pobre hija mía... ven aquí al lado de mi corazón; yo te guareceré de la tempestad.

— Padre de mi alma, perdóname y enjuga tus lágrimas.

Hércules lloraba como un niño; las arrugas de aquel rostro servían de surcos al llanto de sus ojos.

— Júrame que no volverás á ver á ese hombre, dijo á su hija...

— Te lo juro, respondió la niña.

— Prométeme que lo olvidarás para siempre, volvió á decir solemnemente el padre.

— Moriré si no puedo olvidarlo... respondió solemnemente la niña.

— Pobre hija, exclamó el angustiado marino levantando los ojos al cielo... ¿Cuál es, gran Dios, mi pecado, para descargar sobre mí tan terrible pesadumbre?...

Eran las tres de la mañana cuando Hércules apagó la lámpara, testigo de aquella dolorosa escena; pero la oscuridad no sirvió para traer el sueño á los ojos de aquellas almas infelices, que llenas de angustia vieron en su insomnio llegar la luz risueña de la mañana.

UNA ESCENA EN EL AGUA.

Hércules salió á las siete á cumplir su obligación á la orilla del mar: sus bañantes le aguardaban alegres, á pesar de estar el tiempo tempestuoso y nublado.

— Es imposible meterse en el agua, les dijo; en el día de hoy y mañana verifica el mar su mayor crecida; hoy y mañana es imposible bañarse.

Las damas se retiraron convencidas del peligro; pero una entre ellas no se conformó con la observación prudente del bañero.

— Quiero probar el mar en su gran agitación, dijo alentada por su pretenciosa vanidad.

— Señora marquesa, respondió el taciturno marino, hoy está prohibido el baño.

— Pues yo me meteré en el agua, aunque esté prohibido, á menos que tengas miedo, respondió la marquesa.

Aquella mujer necesitaba saber el resultado de su maligna acción de la noche anterior, y á pesar del estado terrible del mar, su perversidad y el deseo de saber era superior á su miedo, y para saber era necesario entrar en el agua con el bañero.

— Yo no tengo miedo, señora marquesa, dijo con una sonrisa de indiferencia el taciturno Hércules.

— Pues en ese caso prepárate para que entremos en el mar, respondió la marquesa.

Y se metió en la cabina, y al cabo de algunos minutos volvió con su vestido azul bordado de cintas negras, y su sombrero chambergo; su continente era varonil; su mirada inquisitiva; su cara no la sonrosaba, como siempre, el carmin; la venganza ó la pena no le habían dejado tiempo al afeitado; la palidez y el cárdeno de las ojeras le daban un aspecto siniestro.

— Al agua, Hércules, dijo audaz.

— Al agua, señora marquesa, respondió con una sonrisa sardónica el bañero.

La primera onda les arrojó á la orilla.

— Es imposible entrar, exclamó Hércules sombrío y con sequedad.

— Quiero bañarme hoy, contestó la marquesa: yo hago lo que me da la gana.

— Pues al mar, respondió el bañero agarrando de un brazo á la marquesa, y lanzándose como un pez á nado salvando la marejada y apartándose á veinte varas de la orilla.

Tres ó cuatro oleadas gigantescas los cubrieron en medio segundo; pero la marquesa quería saber el resultado de su péfida acción, y á lo profundo del infierno la hubiera llevado su endiablada curiosidad.

Hércules la sostenía torvo el semblante, abstraído y fijo el entendimiento en una idea fatal.

— Y bien, Hércules, ¿qué has hecho á Otilia?

Aquellas palabras cayeron como fuego sobre la cabeza de aquel hombre... que miró á la marquesa con los ojos de la justicia eterna. — ¿Qué interés tiene en la pena de mi hija esta mujer, que con la mar tan terrible entra en sus ondas solo á preguntarme lo que me desgarran las entrañas? pensó el marino, y fijó los ojos en la verdosa cara de la marquesa, que á su mirada bajó los ojos de fiera... y entonces Hércules abrió la mano; y aquella mujer perversa, arrebatada por las olas, se sumergió al momento; al comenzar á gritar, tragó á torrentes el agua salobre; y volvió á la superficie sin sombrero, despedazado el vestido, casi desnuda, enseñando sus pechos largos y blandos; y asomaba de nuevo el cuerpo á la superficie para morir ahogada, cuando Hércules, compadecido, como el águila marina arrebatada entre las tempestades el débil pescado, le tendió la garra y la sacó á la orilla, en medio del asombro de los que desde allí presenciaban la lucha para salvar aquella imprudente, que á pesar de las órdenes para que nadie se bañara, había querido, metiéndose en el agua, hacer prueba de valor, cuando solo el deseo de conocer el resultado de su maldad era lo que la había impulsado.

Sin sentido la sacó Hércules del fondo de las aguas; desgredada la crinosa cabellera, mostrando sus anchas espaldas, sus desnudas piernas y su color cárdeno, donde la angustia había dejado estampada la sombra de su carácter maligno y falso: la colocó en la orilla, delante del príncipe Nicolás que conducido por el diablo allí había venido, y que observaba silencioso la escena terrible. Y cuando levantó la cabeza, sus miradas se fijaron en los ojos del príncipe; la sangre se agolpó al corazón del bañero, y su mano convulsiva, instintivamente, buscó el cuchillo; pero como un relámpago serenó su fisonomía, y pasó por delante del príncipe silencioso y sombrío como la tempestad, Nicolás siguió el movimiento del bañero; su corazón, que presagiaba desde la noche anterior la venganza de la marquesa, lo comprendió todo y se retiró de la orilla resuelto á arrostrar la tempestad con todo el valor de su alma de hierro.

LAS DOS VICTIMAS.

Otilia no pudo levantarse del lecho, donde había estado entregada á la oración y á la lucha mas espantosa. Su abuela estaba á su lado. Corrian sin cesar las lágrimas de los ojos azules de aquella infeliz, que no sollozaba ni exhalaba un suspiro. A las tres de la tarde llegó Hércules. La fiebre violenta adormía la niña, que temblaba de frío, mientras que el dolor le partía las sienas.

El bañero se acercó al lecho de su hija y la miró espantado; Hércules conocía el temple de su alma sublime. — Otilia, le dijo, tu pobre padre morirá de pena si no consuelas tu corazón.

— ¡Ay, padre mio!... respondió la niña, es imposible: pero no temas: he prometido que no volveré á ver al príncipe Nicolás, y no volveré á verlo...

La abuela, oyendo aquellas palabras, no pudo atajar el llanto.

El llanto que brota á los sesenta años de la vida, sale del alma.

Hércules fué á buscar un médico.

El médico se encontraba con la marquesa de Canimar, que apenas daba esperanzas de vida, y no estaba desierta su casa como la de Otilia: al lado del lecho estaban tres doctores, cuatro condes y duques, y criados y criadas; pero de los ojos de nadie, á pesar de la exageración del sentimiento, brotaba una lágrima de compasión ó de pena: los amigos de los perversos duran mientras el interés los anima: se acaban en los días de la desgracia, en los del destierro y hasta en las horas de la enfermedad.

En torno de la marbuesa había amigos, como al redor de un animal muerto vuelan los cuervos.

Hércules habló al médico.

El médico respondió que no podía dejar la gran dama, que en su delirio repetía amenazas de muerte llenas de odio.

El bañero oyó la respuesta, volviendo desconsolado á su casa.

UN MÉDICO QUE LLEGA A TIEMPO.

Pasaron las horas del día y el médico no llegó á la calle de Sigogne; á las ocho de la noche la fiebre cerebral se había desarrollado, y una completa parálisis se apoderó del cuerpo de la pobre Otilia, que de vez en cuando, moribunda, repetía temblando el nombre del príncipe.

Al lado del lecho estaba Hércules pálido como la muerte, contando las pulsaciones de aquella inocente, que recostada, blanca como un lirio, su cabeza abrasante sobre la almohada, tantas veces regada con lágrimas, en la lucha de aquel amor-infeliz que la arrastraba á la muerte en la primavera de su vida.

En su delirio la virgen sonreía; su boca llamaba moribunda al triste Hércules, que se retorcia las manos y en su desesperación levantaba al cielo sus ojos anegados en lágrimas.

La abuela rezaba al pie de la cama, y aquella lamentable escena la presidía el ángel de la soledad que vela invisible la desgracia de las criaturas.

A las ocho y media llegó el traperero Martín, su esposa, Damian y el vendedor de marfil, y rodearon el lecho de la infeliz niña, y mas anochecido vino el médico.

— Es tarde, dijo, pulsando inquieto la postrada enferma.

— ¡Tarde! ¡Dios mio! exclamó Hércules; ¡tarde! repitió rechinando los dientes como el león herido en medio de la selva.

— Es necesario resignarse, dijo al triste padre con la frialdad de la costumbre el sabio médico.

— Resignarme, ¿á qué?... ¿á ver morir á los diez y ocho años de la vida á la sola esperanza de mi corazón, á mi hija única, por quien he trabajado tantos años, por quien no he acabado cien veces mi existencia, que desde la muerte de su madre me ha pesado siempre? ¡Dios mio! por ella guardaba con avaricia todos mis afanes, y pensaba en mi pesadumbre: «un día mi buena hija Otilia se casará, será madre y sonreirá feliz, sin tener que trabajar como yo,» y á cada hora levantaba los ojos al cielo para darle gracias, lleno de agradecimiento, viéndola crecer tan hermosa, con su cabeza divina, y sus cabellos rubios como el oro, y sus ojos inocentes y su boca fresca cuajada de perlas como la espuma del mar... y ahora ¡Dios mio! ahora me he de resignar á verla morir... ¡No!... yo no quiero que muera... no... dijo Hércules sentándose como un loco en el lecho, y apoyando en su pecho la cabeza moribunda de su hija, que abrió instintivamente los ojos y los fijó llenos de melancolía, con esa ternura misteriosa de la muerte, sobre los de su pobre padre, delirante y ciego de dolor.

¡Hija mia, mi pobre hija, no me dejes solo en el mundo: no, mi pobre hija!... Y á aquel infeliz le ahogaban los sollozos... y callaban todos y lloraban todos... porque la virgen que se moría era pura como un ángel, y á la hora de la muerte, sobre su cabeza se esparcían misteriosamente las flores del martirio.

De enmedio de aquella escena dolorosa, herida también de la muerte con aquel crudo golpe, se separó la abuela, y con paso tardo bajó la escalera.

— Es necesario llamar al ministro del Señor, dijo saliendo.

Iba á doblar la calle de Sigogne para llegar á la parroquia de San Remy, cuando la venerable anciana detuvo el paso: Cúmplase su última voluntad, dijo solemnemente; y con mano trémula dió tres golpes en la puerta del jardín del príncipe Nicolás; y como que eran las nueve y media de la noche, el príncipe descorrió el cerrojo.

— Otilia, dijo como quien espera la vida al abrir la puerta.

— ¡Otilia no volverá nunca! le respondió la anciana llorando y entregándole una carta.

Con paso tardo siguió el camino de la parroquia á buscar al ministro de Dios para que le diera la extremaunción á la pobre niña que estaba en la agonía.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Se continuará.)

La manufactura imperial de los Gobelinos.

El arte de la tapicería parece de procedencia oriental y es de los tiempos mas remotos. Pérgamo, Tiro y Babilonia tuvieron tapices bordados de oro y plata. Bér-gamo sobre todo tenía fama por esta industria cuyos productos tan sólidos como estimados eran todavía hace algunos siglos objeto de un gran comercio en Italia.

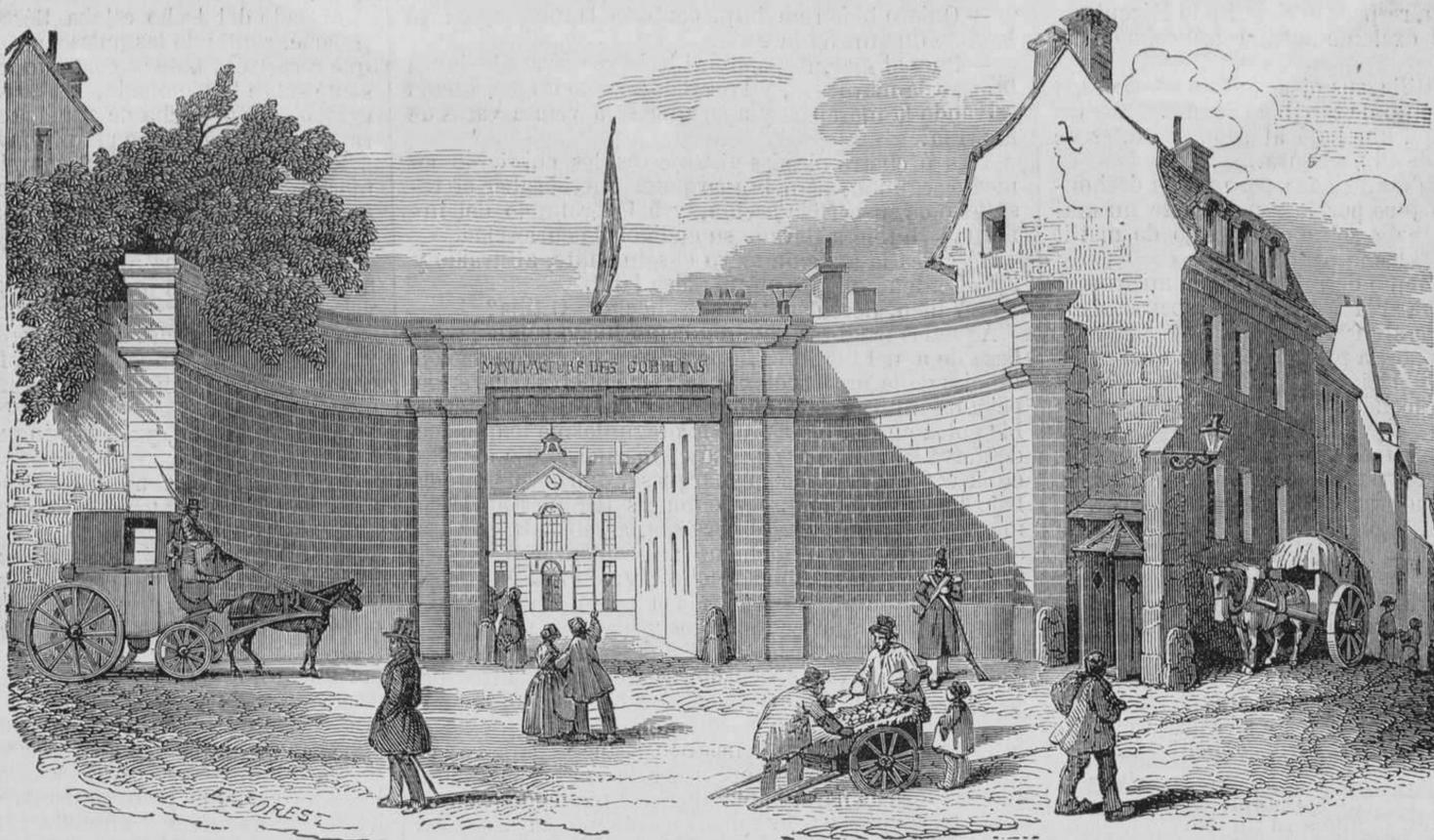
Traida á Francia en tiempo de las cruzadas, la tapicería principió por adornar las iglesias y los palacios de los reyes. Algunos ricos señores adornaron tambien con tapices sus castillos; pero el elevado precio que tenían impidió que su uso se generalizara.

Ningun documento oficial ha trasmitido la historia de los establecimientos de tapicería en Francia durante los siglos que siguieron á la importación de esta industria, que entregada como las demás á los particulares ó á las corporaciones, no esperó para perfeccionarse la fundación de una manufactura real.

Además de la célebre tapicería de Bayeux que representa la conquista de Inglaterra por los normandos y se atribuye á la reina Matilde, existen en Francia tapices que por el modo toscos con que están trazados y mas aun por el estilo de sus inscripciones, parecen pertenecer y pertenecen en efecto á los siglos XIV y XV. El museo del Louvre encierra algunos de distintas épocas y clasificados por orden cronológico; y tambien los hay en varias iglesias, sobre todo en el Mediodía de la Francia.

La *manufactura imperial de los Gobelinos* debe su nombre á unos antiguos tintoreros establecidos en el sitio que ocupa en 1450 segun unos, y segun otros en tiempo de Francisco I. Hasta el principio del siglo XVII no tomó el establecimiento el nombre de palacio de Gil Gobelín que le dió uno de ellos. Un tapicero de Brujas, Juan Liansen, fabricó allí el primer tapiz sobre un telar de altos lizos.

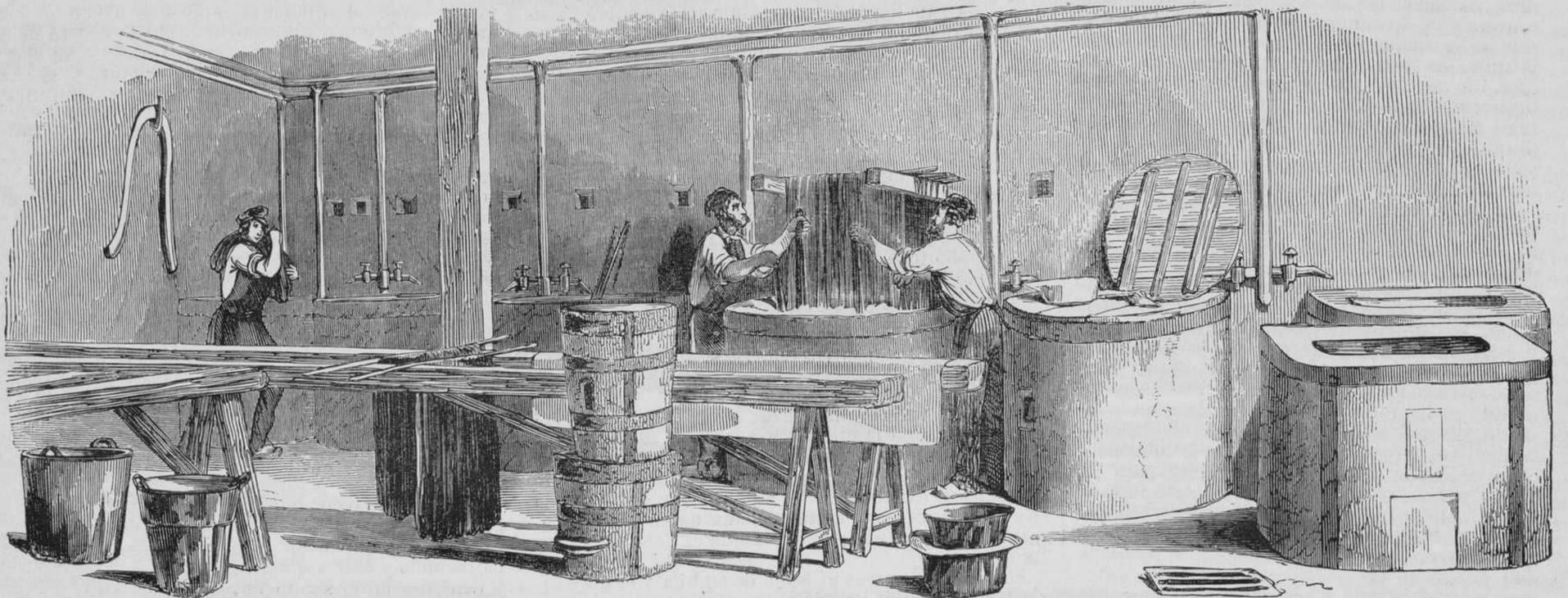
Quando Colbert restauró las residencias reales del Louvre y de las Tullerías, pensó en adornarlas con un esplendor correspondiente á su destino. Con este fin concibió y realizó la idea digna de un gran ministro de reunir en un mis-



ENTRADA DE LA MANUFACTURA IMPERIAL DE LOS GOBELINOS.

mo local y bajo una misma direccion á los hombres mas hábiles en las artes y oficios, como pintores, escultores, grabadores, tapiceros, plateros, fundidores, lapidarios, ebanistas, tintoreros, etc. Al mismo tiempo Colbert decidió al rey á que comprara en 1663 una parte de los edificios de los antiguos tintoreros Gobelinos, donde estaba ya instalada una fabrica de tapicería; pero solo en noviembre de 1667 Luis XIV dió un edicto por el cual confirió á este establecimiento el título de *Manufactura real de los muebles de la corona*. Colbert confió la direccion á Le Brun, primer pintor del rey.

Además, la real cédula de 1667 con-



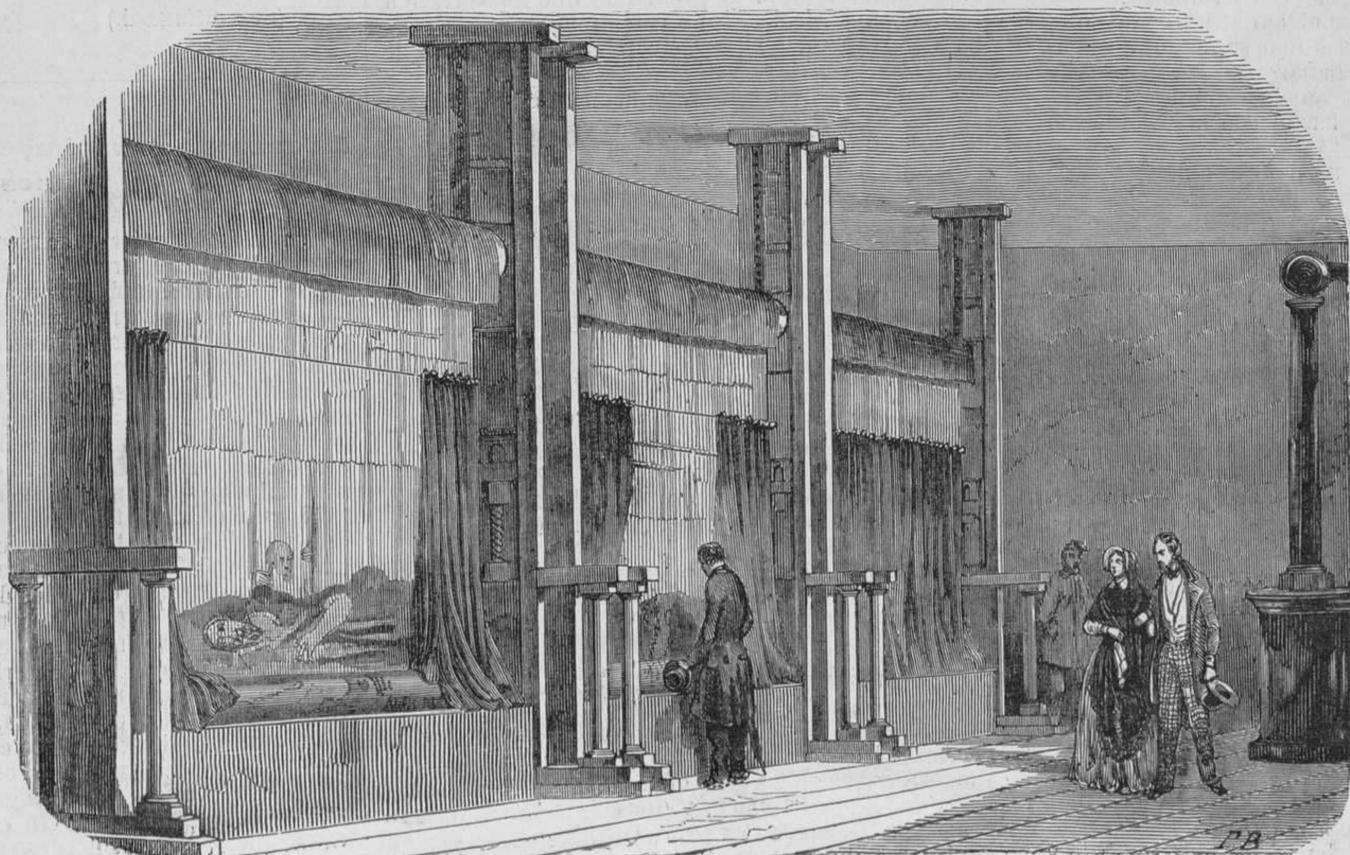
MANUFACTURA IMPERIAL DE LOS GOBELINOS. — LA TINTORERIA.

firió grandes privilegios á los obreros libertándolos de toda contribucion y toda carga pública y personal; doce de las casas mas próximas al palacio de los Gobelinos se destinaron á la habitacion de los obreros y de sus familias. Como la mayor parte de ellos eran flamencos, se permitió el establecimiento de cervecerías para su uso particular, exentas del pago de todo derecho.

Finalmente, por la citada disposicion se prohibia de un modo absoluto la importacion de tapices extranjeros, así como el tráfico con los productos de la manufactura recién instituida.

Todas estas cláusulas atestiguan qué importancia daba Luis XIV desde un principio al establecimiento de los Gobelinos.

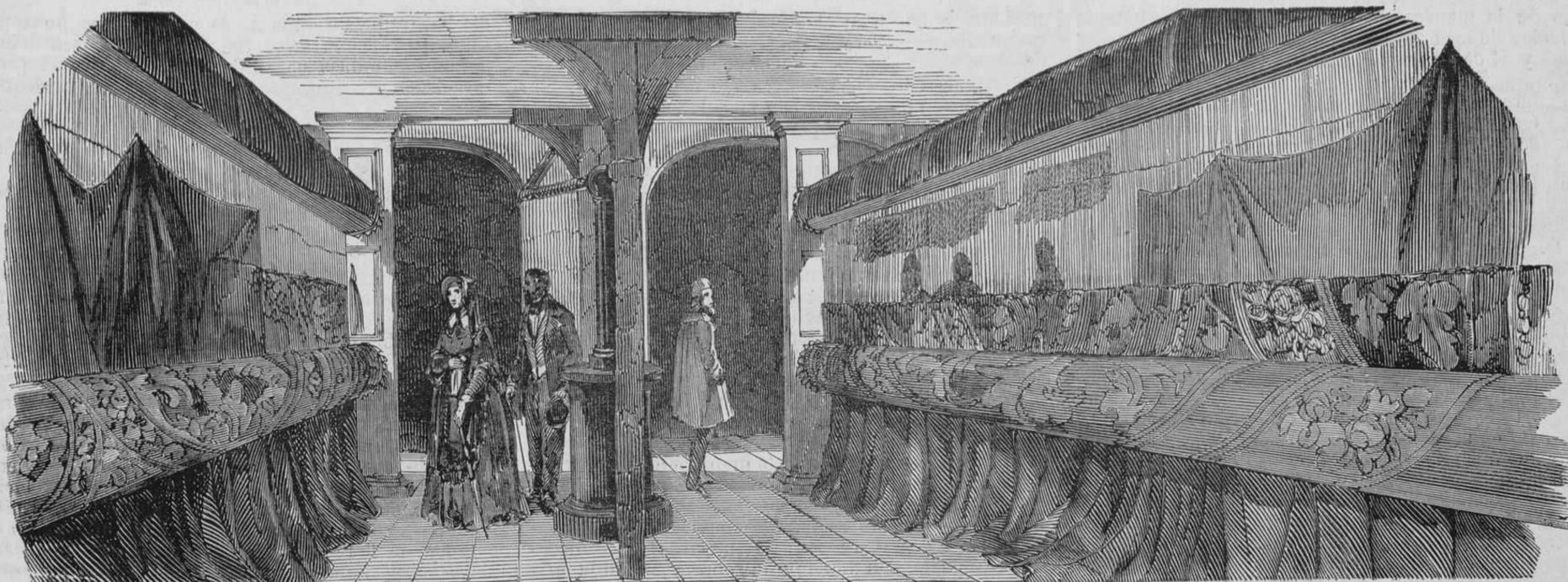
Desde su fundacion esta manufactura ha sido llamada á repro-



EL TALLER DE LAS TAPICERIAS.

ducir en tapicería los cuadros de los pintores contemporáneos mas distinguidos, á saber: Le Brun, Lesueur, Van der Meulen, Mignard, los tres Coypel, Jouvenet, Boucher, Vien, Vincent, David, Girodet, Gerard, Gros, Carlos Vernet, Guerin, etc.; en el dia toma en los museos del Louvre y del Luxemburgo los modelos que copia en sus tapices.

Aunque en nuestra época se haya abandonado la fabricacion de tapicería para adorno de las habitaciones particulares, que ha sido reemplazada económicamente con el papel pintado, no por eso deja de ocupar un crecido número de brazos. Algunos establecimientos de Bélgica, de Alemania, de Inglaterra y de Rusia fabrican aun tapices para las casas; la industria francesa confecciona tapicerías que



MANUFACTURA IMPERIAL DE LOS GOBELINOS. — EL TALLER DE LAS ALFOMBRAS.

reunen á la variedad del dibujo! y la hermosura de los colores, la inmensa ventaja de no ser mas caras que las telas de seda y de lana procedentes de las fábricas de Lyon y Amiens.

Pero donde el trabajo de la tapicería ha llegado á un alto grado de perfeccion, ha sido en la manufactura imperial de los Gobelinos, que ha creado, digámoslo así, un nuevo género de cuadros, habiendo llegado á ser sus obreros artistas consumados. Su número no se eleva á menos de 130, de los cuales 100 viven en la misma manufactura; los demás tienen un sobresueldo para casa. Un vasto recinto de una superficie de 20 hectáreas está dividido en 120 jardinillos repartidos entre otros tantos artistas y separados uno de otro por pequeños cercados, de modo que la vista los descubre á todos á la vez como si no formaran mas que una sola huerta.

La Manufactura de los Gobelinos figura en el presupuesto por un gasto anual de 280,000 frs., de los cuales 200,000 se aplican al personal. Todos los artistas son pagados por años, y el sueldo por término medio es de 1,300 frs. Los de la clase superior cobran 1,800, y los jefes de taller 2,700. Los empleos de jefes de talleres primeros y segundos se dan á los que mas se distinguen por su talento y buena conducta. Estos jefes están encargados bajo la autoridad del inspector de los trabajos de la confeccion de las obras y de la preparacion de los colores para los talleres respectivos, cuya vigilancia les está confiada: además toman las medidas necesarias para la conservacion de los cuadros, tapices, alfombras y demás objetos de que se compone el mobiliario de los talleres; inspeccionan los talleres al me-

nos tres veces por dia, y cuidan de que los trabajos se prosigan con una celeridad que no perjudique á su perfeccion. La ejecucion de cada tapicería se hace bajo la autoridad de un jefe de taller, por aquel de los obreros artistas que en cada gran telar se juzga mas capaz de dirigirla; este artista tiene el título de jefe de pieza. Desde la real cédula de 1667 se han dictado diferentes reglamentos para la administracion de la manufactura de los Gobelinos. Algunos de ellos contienen disposiciones muy singulares, y se resienten hasta cierto punto de las circunstancias bajo cuyo imperio se adoptaron.

Sin hablar de los de setiembre de 1776, del 22 de setiembre de 1783 y en 1º de julio de 1788, leemos en el del 31 de diciembre de 1790 este



OBRERO TAPICERO.

extraño artículo: « Como el cirujano de la casa debe tener un mozo para que le ayude á administrar pronto socorros á aquellos obreros que pudieran necesitar de su ministerio, estos deberán indistintamente *hacerse afeitar* una vez por semana y pagar por este servicio cuatro libras al susodicho cirujano, aun cuando se vayan á afeitar á otra parte. »

El reglamento del 10 de abril de 1822 dice así en su artículo 19: « Todo el que se permita un discurso *aun indirecto* contra la religion ó contra el rey y los príncipes de su augusta familia, será expulsado inmediatamente de la manufactura, sin perjuicio de las penas en que por ello pueda incurrir ante los tribunales. » — Artículo 20. « La lectura de periódicos y las discusiones políticas quedan terminantemente prohibidas en los talleres. »

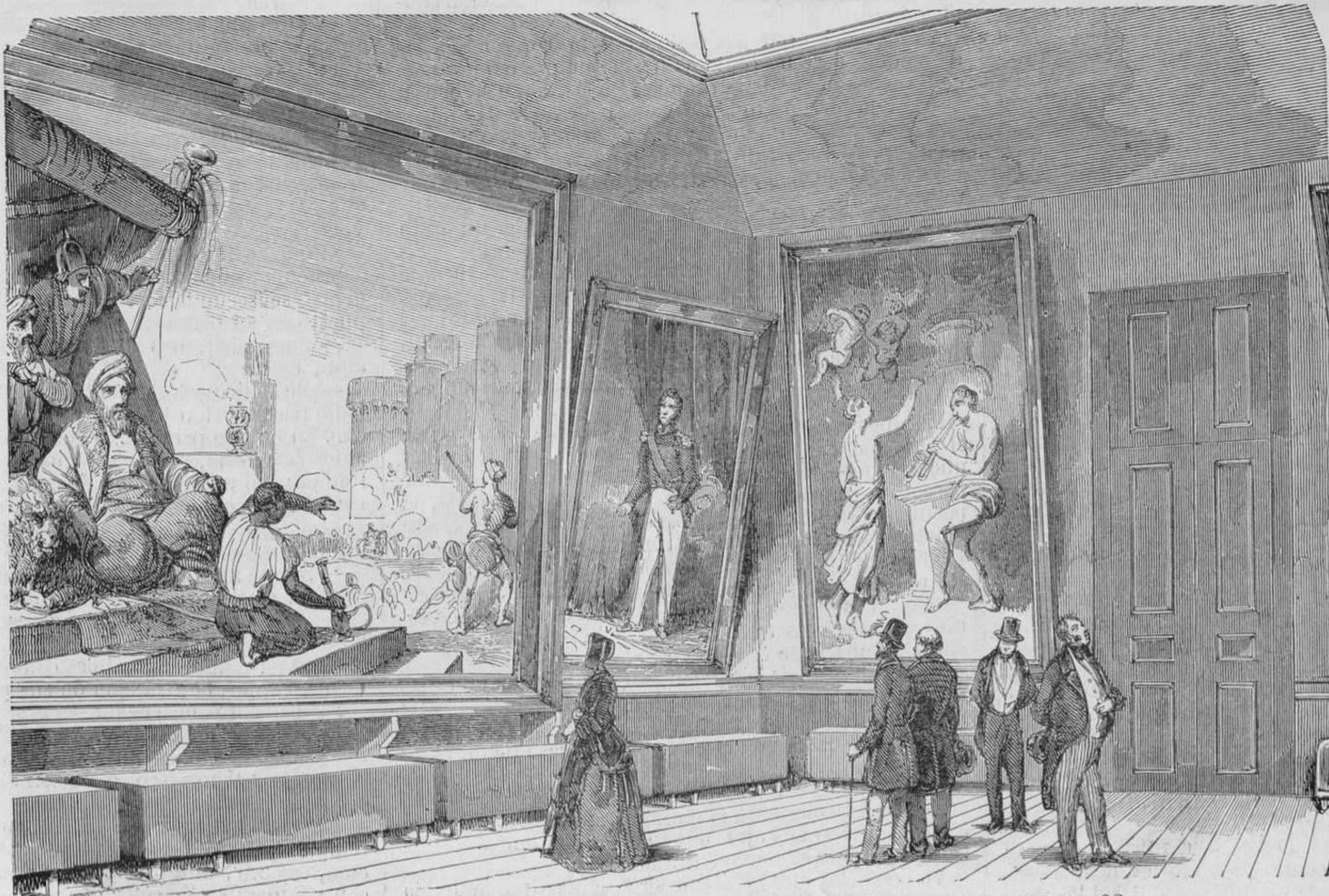
Segun el reglamento del 8 de octubre de 1833, todavía vigente, las horas de trabajo son estas: en marzo, abril, mayo, junio, julio y agosto, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde; en setiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, desde las ocho y media de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Durante los seis primeros meses se concede una hora para el almuerzo de las nueve á las diez, y otra para la comida de una á dos. En los otros seis no se concede mas que una hora para la comida de las doce á la una.

La manufactura imperial de los Gobelinos posee una escuela de instruccion primaria, otra de dibujo y otra de tapicería, y cuenta un crecido número de aprendices tapiceros.

Los niños admitidos á la instruccion primaria deben ir todos los dias, y aquellos que han sido excluidos no pueden entrar en la escuela de dibujo sin ser recibidos en calidad de aprendices.

La escuela de dibujo tiene de profesor al inspector de los trabajos de la manufactura. Los discipulos son 30 y se hallan divididos en tres clases; todos los años hay un concurso y se distribuyen tres medallas entre los mas adelantados de cada clase.

La escuela de tapicería se halla establecida en uno de los talleres de la manufactura; tiene por profesor á un obrero-artista, y es visitada y vigilada por el inspector de los trabajos y los jefes de taller. La disposicion de los telares, la eleccion de modelos y la enseñanza se aplican en esta escuela á todos los estudios, desde el es-



VISTA DE LA SALA DE EXPOSICION DE LA MANUFACTURA IMPERIAL DE LOS GOBELINOS.

tudio de la manera de casar los colores y el de la imitación de los ornatos y de las flores, hasta el de las carnes y el de la reproducción de los cuadros de historia.

Los aprendices tapiceros se eligen entre los alumnos de las escuelas de dibujo y de tapicería. Su ascenso está sometido á las mismas condiciones que el de los obreros. Cuando hay igualdad de aptitud, los hijos de los obreros son los preferidos. Al cabo de dos años de prueba los aprendices ganan 120 fr. anuales, sueldo que se eleva progresivamente, según su capacidad, hasta 400 fr.; después quedan admitidos como obreros. Los que en los dos años de prueba no han hecho progresos, son devueltos á sus familias.

Todos los años se reparten dos medallas de plata á los dos obreros-artistas que más se han distinguido en la fabricación de tapices.

Ahora vamos á exponer brevemente en qué consiste el trabajo manual de la tapicería, según la obra titulada *Chromographie*, publicada por un fabricante, M. Rouget de Lisle.

El arte de la tapicería consiste en imitar un objeto con hilos de colores de un diámetro sensible, que se aplican al rededor de hilos no coloreados, tendidos horizontalmente sobre un telar llamado de *baja liza*, ó verticalmente sobre un telar de *alta liza*. Esta imitación se opera ya por la mezcla de los hilos coloreados, ya por la juxtaposición de hilos surtidos, según la ley del contraste de los colores, y susceptibles de ser vistos simultánea y perfectamente distintos los unos de los otros. En el primer caso la imitación se hace por el sistema de las *líneas*; y en el segundo por el sistema de las *tintas lisas*.

Los hilos no coloreados se separan en dos hileras llamadas *cruzados*, con lizas, ó roscas de cuerda montadas en dos palos que las llevan alternativamente una encima de otra, y dejan así un espacio libre en medio; este espacio permite al artista que pase fácilmente el hilo no coloreado, enroscado en una broca, de izquierda á derecha, cuando se alza el primer cruzado, y de derecha á izquierda cuando se levanta el segundo. Esta ida y venida se llama *duita*. Se necesitan al menos dos duitas para formar una *línea*, y una de ellas debe ser más corta que la otra. El conjunto de las *duitas* reunidas por el rastrillo constituye el tejido propiamente dicho.

Los telares de alta liza se emplean hoy con exclusión de los de baja liza. Los primeros ofrecen varias ventajas: permiten que se vea el trabajo por el derecho; el modelo está colocado á la derecha del artista, y detrás de él á la distancia de medio metro, de modo que no tiene que hacer más que volver la cabeza, en tanto que el cuadro le quitara la luz si le tuviera delante; por último, los cuadros se ejecutan tendidos de lado, es decir, en todo su largo. Esta posición del modelo presenta menos dificultades para el dibujo; además, proporciona la facultad de que trabajen varios artistas en la misma pieza, según su género de talento.

En cuanto á la obra, el artista la ejecuta al revés de la pieza, y la razón es esta: la tapicería es un tejido, y la marcha de los tonos se ve al revés por los puntos que deja el tejido que va y viene con las brocas, siguiendo el movimiento de las tintas. Si el artista trabajara por delante, se vería obligado á cortar cada hilo de tejido á medida que cesara de emplearle, lo que alargaría considerablemente la obra y disminuiría su solidez; en tanto que ejecutándose el trabajo por detrás, todos los defectos del tejido se atraen al revés de la tapicería.

Los principales instrumentos que usa el obrero son la broca, el rastrillo y el rascador de marfil; la aguja ó pequeño punzón y las tenacillas para arrancar los botones de la lana ó de la seda.

Por término medio se calcula en un metro cuadrado la cantidad de obra que puede ejecutar anualmente un obrero. El metro tiene un valor de 3,000 fr.

En 1826 la manufactura llamada de la Savonnerie, en Chaillot, donde se fabricaba el tapiz de Persia, fué reunida á la manufactura de los Gobelinos. Los telares son los mismos, aunque de mayores dimensiones, que los que sirven para la fabricación de alta liza. La montura se hace del mismo modo, si bien se tiene cuidado de disponer los hilos de manera que cada decena de ellos tenga el décimo de un color diferente de los nueve restantes. Estos décimos hilos corresponden á puntos negros hechos sobre el cuadro, separados como los hilos de color y dispuestos para formar cuadros que tienen el largo de diez hilos. Hé ahí todo el dibujo que sirve de guía á esos hábiles artistas. El cuadro cortado por bandas está prendido de modo que los puntos del modelo corresponden á los hilos de color de la montura, y el artista puede distinguir lo que tiene que ejecutar. La tela difiere enteramente de la que se gasta en la tapicería, y en vez de ser lisa como esta última, es aterciopelada.

La tintura de la manufactura de los Gobelinos no es menos famosa que su tapicería. Hasta el año de 1791 se teñían en la casa lanas para el público; pero después no se teñe más que para el establecimiento de los Gobelinos y el de Beauvais. Como los procedimientos y manipulación del tinte son uno de los puntos más interesantes para la hermosura de las tapicerías y para asegurar la duración de su brillo, por todos los reglamentos está prescrito que los procedimientos empleados para esta manipulación se subordinen al examen de un químico versado en su arte.

Basta visitar los almacenes de la manufactura para poder apreciar la hermosura y graduación de los matices, así como el talento de los tintoreros. Hasta los mis-

mos tapices hacen su elogio. En cuanto á la opinión que atribuye el hermoso tinte de las lanas á la calidad de las aguas del Bievre, es completamente errónea; esa agua fangosa no sirve casi nunca, y desde hace mucho tiempo está reemplazada con la del Sena. Otro error no menos craso está muy acreditado en el público, acerca del procedimiento para obtener el color de escarlata. Jamás en el establecimiento han alimentado á hombres con asados y vino de Burdeos á fin de obtener aguas de una virtud colorante particular; régimen que la opinión pública considera como mortal. Nadie sabe cuál ha podido ser el origen de semejante fábula, que da lugar casi anualmente á los ofrecimientos más extraños. La administración recibió una vez la carta siguiente: «Estoy cansado de la vida, y para acabar con ella me hallo dispuesto á someterme al régimen impuesto á los tintoreros de los Gobelinos. Para daros una idea de los servicios que puedo hacer al establecimiento, declaro que puedo beberme cada día veinte botellas de vino, sin que se me trastorne la cabeza. A la prueba me someto.»

Los primeros directores de la manufactura de los Gobelinos fueron Le Brun y Mignard. En el establecimiento hay siempre una exposición de tapices donde se admiran cuadros de los maestros más célebres del mundo, copiados con una exactitud que en nada desmerecen del modelo, si á veces no le sobrepujan en la brillantez del colorido. — Damos entre las copias de otros cuadros célebres, la del famoso cuadro de M. H. Vernet, titulado *el Degüello de los mamelucos en el Cairo*, tapiz que ha costado seis años de trabajo. X.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

—No puede principiar mejor el conocimiento con nuestros vecinos, dije yo á John.

—No se trata de conocimiento, sino de un simple cambio de urbanidades entre personas que habitan la misma casa; esto no pasará adelante.

—Probablemente.

Este «probablemente» le desagradó algún tanto; y aun creo que al contemplar desde la ventana el grupo que estaba á nuestra puerta, no pudo menos de deplorar la ausencia de una tercera persona que con seguridad no era ni Mrs. Tod ni el niño.

—Hoy me ha parecido mejor, dije á mi amigo, aunque todavía no me atreva á llamarla hermosa.

—Ni yo tampoco.

—Nos ha saludado con mucha gracia; creo, John, que por primera vez en nuestra vida podemos decir que hemos visto una *lady*.

—Seguramente.

—No; quiero decir que se ve que esa jóven ha frecuentado la buena sociedad. Su padre es sin duda aquel M. March, primo de los Brithwood. ¡Qué coincidencia!

—Es muy singular en efecto, contestó mi amigo cayendo en sus meditaciones.

Más de una vez hablamos de nuestros vecinos aquella mañana haciendo yo casi todo el gasto de la conversación, pues John se mantenía en una prudente reserva.

Mientras Mrs. Tod recogía los restos de nuestro almuerzo, yo la hice algunas preguntas sobre M. March, pero así que salió, John me reconvino por mi charlatanismo.

Yo me eché á reír haciéndole observar que había tenido cuidado de no reñirme hasta que nos habían sido dadas todas las noticias pedidas, á saber: que M. March poseía una fortuna independiente, que no tenía amigos por allí cerca, y que ordinariamente habitaba el país de Gales.

—Lo que prueba, añadí, que no es el M. March que conocemos.

—No, respondió John, como aliviado de un gran peso.

Me sonreí al notar su seriedad. Muchas veces durante aquel día me burlé alegremente de la simpatía que manifestaba por nuestros vecinos, y sobre todo del interés que la jóven le inspiraba; interés muy natural en un muchacho de su edad, pero que él creía disimular hábilmente. Yo mismo ¿no la encontraba también encantadora?

Pasamos el resto de la mañana leyendo á Shakspeare; el tomo pareció abrirse por sí en *Romeo y Julieta*. Hay una época — bien dulce aunque bien corta, — en que para todo corazón juvenil la pieza por excelencia, el poema de los poemas es *Romeo y Julieta*.

John no leyó más que algunos trozos; y luego, creyendo que yo me había dormido, dejó el libro sobre sus rodillas y se puso á mirar por la ventana.

Era un hermoso día de verano, sereno, silencioso, uno de esos días que inclinan á la meditación. Una abeja zumbaba de tiempo en tiempo entre las rosas, y se oía el arrullo de las palomas entre el ramaje de las hayas. Su voz suave y cariñosa nos recordaba la de una madre contemplando á su niño en la cuna, ó la de dos jóvenes desposados dándose el primer beso de un casto amor.

John escuchaba. ¿En qué estaba pensando? ¿Porqué aquel estremecimiento singular en sus labios? ¿Porqué aquel brillo en sus ojos, aquella ternura tan profunda como inexplicable en sus miradas?

Yo cerré los ojos, y él no supo jamás que le había observado. Pensó que había pasado durmiendo una me-

dia hora, que sin duda no le pareció más que un minuto. Pero ¡cuán larga fué para mí!... Veía llegar el día en que habría para mi pobre corazón una prueba más cruel que ninguna de las que había sufrido hasta entonces.

XI.

Pasó una semana durante la cual nos habíamos acostumbrado á la permanencia en Enderly-Hill, al menos yo, pues John disfrutaba bien poco del bonito retiro que tanto le agradaba. Cinco días de la semana estaba ausente. Se marchaba muy temprano, cuando apenas los rayos del sol habían dorado los troncos de mis álamos, y no volvía hasta por la noche cuando Vénus brillaba sobre sus copas.

Era una prueba penosa para él, pero la soportaba valerosamente.

Para mí todos los días eran iguales. Salía cada mañana, y subiendo la cuesta que se elevaba detrás de la casa de las Rosas, me instalaba un poco más abajo de la meseta al abrigo del sol, y allí me entretenía viendo ir y venir á las hormigas, ó estudiando la vegetación que se extendía en mi derredor; pues aquella colina, lejos de ser estéril, estaba cubierta de una yerba esmaltada de florecillas. Un espacio de terreno de tres piés cuadrados me ofrecía bastante variedad para ocupar mi atención durante una hora.

A veces los aldeanos de Enderly ó los niños de mistress Tod venían á jugar al pié de la cuesta, y sus alegres risas resonaban hasta mis oídos. Una anciana acudía á llenar sus cacharros en la fuente vecina, adonde las vacas que pastaban en la meseta llegaban también á beber de tiempo en tiempo.

Veía muy poco á los demás habitantes de la casa. Una vez ó dos creí distinguir á M. March y á su hija al pié de la colina. Era alto y tenía el cabello canoso; pero estaba muy lejos para que pudiese distinguir su fisonomía.

La jóven marchaba á su lado y le sostenía con su brazo. Llevaba la capucha hacia atrás, y cubría su cabeza con ese horrible tocado que las señoras habían adoptado hacia poco, y que Jael llamaba un sombrero.

Ninguna otra ocasión se me presentó de poder hacer nuevas observaciones sobre nuestros vecinos. Mistress Tod me hablaba á veces de ellos al poner la mesa, pero siempre muy de prisa, y lo que decía por lo común carecía de interés. Yo solía tener deseos de interrogarla; pero John censuraba tan severamente esta inclinación á enterarse de las cosas ajenas, que yo principiaba á avergonzarme, y me preguntaba si mi triste existencia de valedudinario no me inducía á la curiosidad, á la chismografía y á todos esos defectillos que por lo común, aunque no sé porqué, consideramos como propios exclusivamente del bello sexo.

La casa se componía, como he dicho ya, de dos partes distintas. Así pues, no podíamos ni ver ni oír á nuestros vecinos si no es en el terreno neutro de la cocina, adonde no iba yo por complacer á mi amigo.

De esta manera, excepto los dos días enteros que él permaneció en Enderly y que pasamos en el campo, nuestra segunda semana fué para mí muy triste y solitaria. Con alegría ví llegar el segundo domingo, que resolvimos consagrar á un paseo lejano.

A las seis de la mañana estábamos en camino: yo montaba la yegua de John, y tomamos una nueva vía, donde según él creía, no podíamos encontrar á miss March.

—John, me parece que tienes siempre noticias muy precisas acerca de miss March. Dime, ¿la has vuelto a ver? Sé que has salido todas estas mañanas.

—Ya sabéis, Phineas, que solo por las mañanas puedo pasearme.

—Es verdad; para tí Enderly ofrece pocos goces: ¿quisieras volver á casa?

—¡Oh! no; el cambio de aire os ha hecho ya mucho bien, y bajo ningún pretexto debemos pensar en volver.

Ví que su inquietud era sincera.

Si tenía otras razones para permanecer en Enderly, debían ser secundarias: yo ocupaba entonces el primer puesto en su pensamiento.

—Pues bien, nos quedaremos si tú te hallas bien aquí, John.

—Me hallo perfectamente; me gusta pasearme á caballo hasta Norton-Bury, y me gusta volver por la noche. En cuanto principio á subir la cuesta de Enderly, adiós la tenería, me parece que renazco á nueva vida. Phineas, no podeis menos de convenir en que esta altura es preciosa, sobre todo por la mañana.

—Sí; pero no me has dicho si habías encontrado de nuevo á miss March.

—No me ha vuelto á ver ella una sola vez.

—¿Y tú sí? Responde francamente.

—¿Porqué no? Sí, la he visto, pero sin incomodarla en ninguna manera.

—¡Ah! Comprendo ahora cómo estás tan bien informado sobre la dirección de tus paseos.

John se puso encarnado.

—Phineas, pienso que no me creéis capaz de faltar á las consideraciones que se deben á una mujer.

—No lo tomes tan seriamente; nunca se me ha ocurrido tal idea, sino que es muy natural que un jóven como tú no deje escapar ninguna ocasión de contemplar una de las obras más admirables de la creación, es decir, una preciosa niña de diez y siete años con las megillas de color de rosa.

—Color de rosa, no; es morena: seguramente es

una morenita, repuso John recobrando su alegría ordinaria. Si; confieso que me gusta verla. Muchas caras he visto mas hermosas que la suya, pero ninguna que rebosara tanta bondad.

— Pero, John, no me habias dicho que la habias vuelto a ver.

— Porque no me lo habiais preguntado.

Atravesamos cuan largo era y sin decirnos una sola palabra un campo romano que John deseaba enseñarme aquel dia.

— Sí, repuse yo al fin como respondiendo á una larga serie de ideas que por cierto no tenian nada de comun con los campos romanos; sí, es muy natural que te parezca hermosa, y hasta podría ser que ella...

— ¡Imposible! interrumpió mi amigo; ¡qué locura decís! ¡Imposible!... repitió dando un puntapié á una piedra que fué á rodar al fondo de un barranco, donde mas de un romano habria caído antiguamente.

Su enérgico «imposible» no llamó tanto mi atención como la prontitud con que mi amigo habia adivinado mi pensamiento.

— A la verdad, John, ninguna posibilidad ó imposibilidad de ese género me ha venido jamás á la mente. Quería solo decirte que admirándola en demasía, podrías experimentar alguna tristeza, como sucede á los jóvenes que se dejan sorprender por un tierno capricho... y lo sentiría mucho por tí.

— Tranquilizaos: no la he visto mas que cinco veces, no la he dirigido la palabra, y es probable que nunca la hablaré; por lo tanto, no corro ningun peligro. Además, añadió, no puedo permitirme el inocente placer á que aludís, y así podéis vivir tranquilo.

Me sonreí, y entonces principiámos una larga discusión sobre los campos de los romanos, de los sajones y de los normandos, discusión muy docta, no lo dudo, pero que hoy, al cabo de tan largo espacio de tiempo, está completamente olvidada.

Me acuerdo sin embargo muy bien de aquel largo y hermoso domingo. El sol estuvo todo el dia oculto por las nubes; la tierra y el cielo parecían confundirse en una tinta gris uniforme y suave.

Sentados sobre la yerba oíamos el toque de las campanas, unas á lo lejos, otras mas próximas. Cuando todo entró en el silencio, hablamos de las cosas de este mundo y de las del otro; luego al caer la tarde bajamos hácia el bosque de hayas, y nos sentamos otro rato gozosos con nuestra tierna amistad.

A eso de las diez, en el momento en que John me decía que saliéramos otra vez para admirar el efecto del paisaje durante la noche, entró Mrs. Tod con aire misterioso en nuestro cuarto y cerró la puerta. Su semblante, por lo comun tan fresco y jovial, manifestaba una inquietud suma.

— M. Halifax, ¿puedo decirnos una palabra?

— Seguramente; pero sentaos. ¿Ha sucedido algo á vuestros niños?

— No, á Dios gracias; se trata de la pobre miss March.

Yo miré á John, y me pareció ver que se crispaban sus dedos sobre el respaldo de la silla en que se apoyaba.

— Su padre está muy malo, continuó Mrs. Tod; hay siete millas de aquí á casa del doctor ***, y miss March ha dicho... no, ella no ha dicho nada, pues yo no habia de hablarla de tal cosa... pero yo he pensado, que si no era tomarme mucha libertad, hariais un gran servicio prestando vuestro caballo á Tod para que fuese á buscar al médico.

— Con mucho gusto; voy á ensillarle.

— No. Todavía no hace falta, porque Tod no ha vuelto.

— Pues bien, cuando haya vuelto podéis decir á miss March... ó mas bien no la digáis nada. Habeis acertado con venir á nosotros; todo lo que podamos lo haremos para agradecer.

— Mil gracias, dijo la buena señora lisonjeada con lo que habia oido; pero nadie se negaría tampoco á hacer alguna cosa por miss March. Si la conociérais como yo, diriais lo mismo.

— No lo dudo, respondió John con cierta frialdad.

Cerró la puerta así que salió Mrs. Tod, y luego sentándose con aire pensativo, se puso á hojear algunos libros sin responder á mis reflexiones sobre nuestro vecino enfermo, y sobre la perla de las amas de casa que teníamos la suerte de haber hallado.

— Creo, Phineas, que debo ir yo, exclamó de repente.

— ¿Adónde?

— A buscar al doctor Brown. No es mas que un acto caritativo, puesto que Tod no ha vuelto todavía.

— ¿Con una noche tan negra?

— Por eso; la yegua me conoce... es mi animal favorito... y no me gusta prestarla á nadie.

Me sonreí al oírle exponer tan buenas razones para una cosa tan sencilla, y convine con él en que sería mejor que él se encargase de traer al médico.

— ¿Llamaré á Mrs. Tod, repuso, ó la iré á buscar á la cocina? ¿Queréis ir, Phineas, ó voy yo?

Y sin esperar mi respuesta salió: yo le seguí, pero no hallamos á nadie en la cocina. Estuvimos algunos minutos nosotros solos oyendo los gemidos que resonaban en el piso superior.

— Debe ser M. March.

— Sí; ¡gran Dios! ¡es crue! para ella, tan joven y tan sola!... murmuró mi amigo con los ojos fijos en los tizones medio apagados.

Estaba muy conmovido; pero la expresion de sus facciones revelaba una pura y santa compasión.

Mistress Tod apareció al fin en el umbral de la puer-

ta que conducía á la otra parte de la casa; hablaba con miss March que sin duda estaba en la escalera, y que le decía á media voz:

— No, Mrs. Tod, no siento que lo hayais pedido... es para mi padre... Decid á M... he olvidado su nombre, que se lo agradezco en el alma.

— Lo haré así... mas esperad, justamente esta aquí. ¡ah! ella cierra la puerta.

Cuando John la explicó el motivo que nos habia llevado á la cocina, Mrs. Tod se confundió dando gracias en tanto que mi amigo desapareció. Sin embargo, volvió un instante despues y entreabrió la puerta teniendo la yegua por las bridas; luego, despues de haberme dicho algunas palabras con rapidez, oí que el animal trotaba por el camino.

Tambien esta vez creí distinguir una mano con la muñeca guarnecida de piel blanca, que apartaba la cortina de cierta ventana.

John no estuvo ausente tanto tiempo como yo creía; volvió con el doctor, de quien se separó á la puerta viniéndose conmigo. Sus megillas estaban animadas por el ejercicio que habia hecho; me dijo que las noches principiaban á ser frescas, y luego se sentó.

El reloj de la cocina dió la una.

— Deberiais estar en la cama hace tiempo, Phineas. ¿No queréis acostaros? Yo me esperaré un instante para ver cómo sigue M. March.

— Yo tambien desearia saberlo.... Es singular que inspiren tanto interés personas extrañas cuando viven bajo el mismo techo en un lugar solitario.

— Sobre todo teniendo algun percance, añadió John; ¿no habeis sabido nada nuevo durante mi ausencia?

— Mistress Tod me ha dicho que el enfermo estaba un poco mejor.

— ¡Silencio!... creo que el médico se retira... Si me atreviera á preguntarle... no, les podría parecer indiscreto. Sin duda debe estar mejor; no obstante, el médico me dijo que podría quedarse en uno de sus ataques. ¡Pobre joven!

— ¿Y no tiene parientes?... ¿No tiene hermanos ni hermanas? El doctor debe saberlo.

— No he querido hacerle preguntas; supongo que no tiene á nadie, pero esto no nos importa... Lo que importa es que os acostéis, Phineas.

— Espera un instante; vamos á ver si ya no nos necesitan.

Y volvimos á la cocina que estaba desierta, aunque alumbrada con una hermosa lumbre: un grillo solitario cantaba alegremente detrás del hogar. Los gemidos del enfermo habian cesado, y se oía el murmullo de una conversacion en voz baja. En breve resonaron pasos ligeros en la escalera: eran Mrs. Tod y miss March.

Habíamos debido marcharnos de la cocina, y aun creo que John hizo un movimiento hácia la puerta, pero aunque sin saber porqué, nos quedamos.

Miss March entró y se dirigió hácia la lumbre sin parar su atención en nuestra presencia. Sus megillas, tan frescas ordinariamente, estaban pálidas; un vestido de fondo claro aumentaba quizá su palidez.

— Creo que está mejor, Mrs. Tod, mucho mejor, dijo con voz precipitada. Deberiais ir á descansar. Creo que habeis dicho á M..., ¡ah!

Nos vió, se detuvo, y sus hermosos colores aparecieron un instante en sus megillas; pero serenándose al punto, se inclinó ligeramente.

John se adelantó diciendo:

— ¿Me prometo, señora (los jóvenes empleaban siempre este término respetuoso en aquella época), que M. March está mejor? No hemos querido retirarnos antes de saberlo.

— Mil gracias, caballero, mi padre está mucho mejor. ¡Cuán bueno sois! añadió bajando los ojos con modestia.

— ¡Oh! En cuanto á eso, sí, añadió Mrs. Tod; ha ido en persona á buscar al médico.

— ¿De veras? Creí que no habiais hecho mas que prestar vuestro caballo.

— Me gusta mucho un paseo á caballo por la noche. ¿Ciertamente, señora, vuestro padre está mejor? ¿no puedo hacer nada en vuestro servicio?

Su modo de expresarse mucho mas grave de lo que correspondía á sus años, pareció tranquilizar completamente á la joven. La franqueza de su propio carácter la hizo quizá olvidar su edad y la de John, de quien apenas sabia mas que el nombre. La gratitud y el instinto del corazón se hicieron superiores á todas las formalidades, y alargándole la mano, le dijo:

— Os doy gracias; en caso de necesidad seguramente me dirigiré á vos.

— Mil gracias, señora.

Estrechó respetuosamente aquella bonita mano y salió.

Miss March le siguió con los ojos, y luego volviéndose á mí me dirigió algunas palabras benévolas, palabras fáciles de decir á un pobre enfermo que sin duda la habia inspirado ya compasión en diferentes ocasiones.

Salió tambien á reunirme con mi amigo, que no me hizo ninguna pregunta, ninguna observacion; tomó su palmatoria y subió á su cuarto.

Pero algunos años despues me confesó que la sensación que le habia hecho experimentar la mano de miss March habia sido para él como la revelacion de un mundo desconocido.

XII.

El dia siguiente John se fué, segun me pareció, mas pronto que de costumbre. Conmigo habló poco. Durante el almuerzo preguntó gravemente á Mrs. Tod cómo se

hallaba M. March, y no hizo ninguna otra alusion á lo que habia ocurrido la víspera.

Yo pasé el dia á la sombra de los árboles que estaban cerca de la casa, y me senté á la orilla del arroyuelo que los calores del verano habian disminuido mucho, pero que seguia corriendo bullicioso sobre su cauce de guijarros.

Al volver á casa por la tarde ví á miss March delante de la puerta acompañando á su padre, cosa que me sorprendió en alto grado. Pero habia oido decir que sus ataques eran de corta duracion, y que como sucede á todos los enfermos, cuando se sentia mejor, se negaba á creer en el peligro que le amenazaba.

Al verme miss March le habló al oído; entonces él volvió hácia mí una mirada apagada y se inclinó sin levantarse de su sillón. Era en efecto M. March, el mismo que habíamos encontrado en otro tiempo. Yo le reconocí, aunque estaba muy desmejorado; pero no así él, lo que era por cierto bien natural.

La joven dió dos ó tres pasos hácia mí.

— Veo que estais mejor, M. Flechter; Enderly es un lugar muy saludable; todos los dias se lo digo á mi padre. Padre mio, es M. Flechter... el caballero que...

— Que ha tenido la bondad de ir á buscar al médico... permitidme, caballero, que os dé las gracias.

Yo traté de hacerle comprender que no me tocaban á mí y la joven quiso ayudarme; pero sin duda lo hicimos bastante mal, pues creo que el pobre hombre no supo jamás claramente quien habia ido á buscar al doctor Brown.

— Estoy muy enfermo... hija mia, explica á este caballero...

Y reclinó su cabeza en el respaldo del sillón.

— Mi padre no ha podido recobrar su salud despues de sus diez años de permanencia en las Indias occidentales.

— ¡Permanencia! ¿Olvidas que era gobernador de?...

— ¡Ah! sí; ya sabeis, caballero, que el clima de las Indias es muy nocivo á la salud... sin embargo, desde su regreso, hace cinco años, ha mejorado mucho, y me prometo que con el tiempo se restablecerá completamente.

M. March meneó tristemente la cabeza. ¡Pobre hombre! ¡qué existencia la suya y qué vida para aquella joven hechicera!

No pude menos de observar el contraste que formaban el padre y la hija.

— M. Fletcher está tambien enfermo, padre mio, dijo la joven con una expresion tan suave y benévola que en ninguna manera podia herirme su reflexion.

Acepté el asiento que me ofrecia al lado del sillón de su padre; parecia estar dispuesta á hablar conmigo y se mostraba afable, amistosa y natural en todo.

(Se continuará.)

La abadía de Maillezais (Francia.)

Estamos en la Vendé en el camino de Niort á Fontenay. A pocas leguas antes de esta última ciudad ya comenzamos á distinguir el hermoso campanario de Nuestra Señora, cuya punta octógona se destaca sobre los vapores del ocaso; en nuestro derredor hay un llano uniforme cubierto de amarillas cosechas; á la derecha en lontananza algunos cerros indican la orilla del bosque de Vouvant; á la izquierda la línea monótona de los álamos del Marais, en medio de los cuales brilla un punto luminoso de forma indecisa. Interrogad á la pastora que vuelve con su rebaño y os responderá:

— Es la abadía.

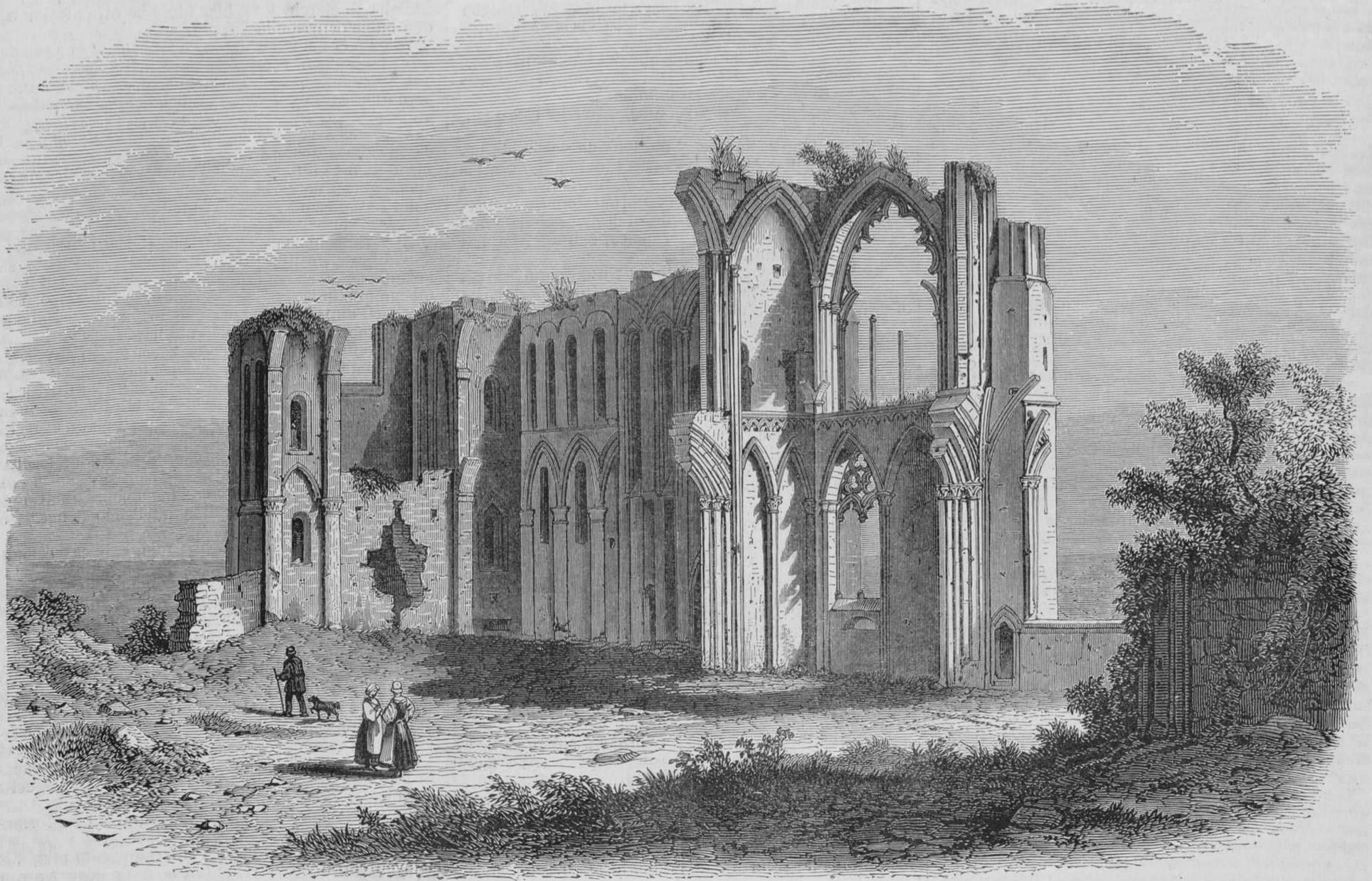
Si la haceis mas preguntas os dirá que hace mucho tiempo el antiguo monumento estaba rodeado por selvas umbrías y por la mar furiosa, y esto es verdad; pues las crónicas antiguas nos dicen que bajo el follaje de las hayas y de las añosas encinas Guillermo de Aquitania mandó levantar las torres del monasterio donde fueron á orar los hijos de San Benito.

Sin embargo, no debian disfrutar largo tiempo de su apacible asilo; en el siglo XII, Gofredo (Diente Grande) arrojó al abad Reynaldo de su monasterio incendiado. De aquí se siguió un terrible anatema, y vencido por el papa, Gofredo debió levantar aquellas ruinas que humeaban todavía.

En aquella época principió para la abadía de Maillezais una era de esplendores, turbados despues por grandes horrascas. Por los años de 1217 Juan XXII creó allí un obispado que se hizo célebre; gloriosos prelados se sucedieron en él hasta 1567, que fué cuando estallaron en ese desgraciado país las guerras de religion; en 1585 la abadía incendiada y devastada perdió en un dia todas las riquezas reunidas allí en muchos siglos.

Luego vino 1793, y lo poco que pudo libertarse de las llamas cayó bajo el martillo de los vándalos de aquellos dias funestos. ¿Qué es lo que queda en el día de aquel coro tan magnífico, de aquella nave tan imponente, de aquellas sillas de coro en donde muchos artistas de genio se habian complacido en cincelar todos los brillantes caprichos de su imaginacion? Demos algunos pasos mas y lo sabremos.

Henos aquí en la altura donde hace algunos siglos las numerosas columnillas y las innumerables agujas del monumento ostentaban á las miradas todas las riquezas arquitectónicas de fines del siglo XIV. Todo eso ha caído. Ya no tenemos delante mas que dos torres cuadradas de altura desigual que dejan entre sí el espacio de una ancha abertura. Era el roseton que daba luz á la nave; las torres donde estaban las campanas que llamaban á los fieles á la oracion, están reducidas



RUINAS DE LA ABADIA DE MAILLEZAIS.

á algunos metros de altura, y se hallan cubiertas de yedra y de musgo. Detrás en lugar del Océano y de las barcas que venian á echar el ancla bajo el abrigo tutelar de esas murallas sagradas, hay una llanura lisa cubierta de álamos y surcada de canales: la calma en vez de las tempestades. Pero ¿qué significa esa inmensa muralla con ventanas, donde la caída de las bóvedas está sostenida por esos pesados capiteles con expresivos figurones? Es la nave, construcción primitiva que creemos del siglo XII. En esos grandes arcos cuyo gigantesco vuelo adivinamos, en las aristas que sostienen aun ligeras columnillas, reconocemos el lugar del crucero; pisamos un suelo consagrado; mas de una vez bajo esas bóvedas caídas la voz de santos monges ha recordado á los fieles las miserias de esa vida perecedera, sin pensar que la ilustre abadía habria de ser también ruinas y polvo. Aquí todo denota el hermoso período del siglo XIV. Columnillas reunidas sosteniendo la caída de las bóvedas sobre bonitos capiteles con hojas graciosamente encorvadas, magníficas ventanas llenas de labores, gruesos pilares ocultos por una infinidad de columnas menudas, en una palabra, la grandeza de las formas unida á la armonía y á la riqueza del detalle, tal es lo que nos queda como muestra de la hermosura del coro de la abadía de Maillezais.

El alma del artista se conmueve dolorosamente cuando ve caer una por una las piedras de ese antiguo monumento, y con tristeza se aleja de esas ruinas desoladas, pensando que dentro de poco tiempo el arado del labrador podrá pasar por allí llevándose los últimos vestigios de un templo que durante tantos años fué la morada del Hijo de Dios,

Las excavaciones hechas hace algunos años en el coro de la abadía de Maillezais han producido el descubrimiento del sepulcro de Goderano, en el cual se hallaba un anillo, una parte del báculo abacial y la inscripción tumular. La piedra que cubria el féretro y que representaba la figura del prelado, fué rota por la población, que en su piadosa ignorancia creyó llevarse una preciosa reliquia. Hemos podido dibujar el anillo abacial de Goderano, que es de oro macizo con calados. La piedra es un zafiro. Esta joya es del siglo XI.

O. D. R.

El volcan de la isla Estrómboli.

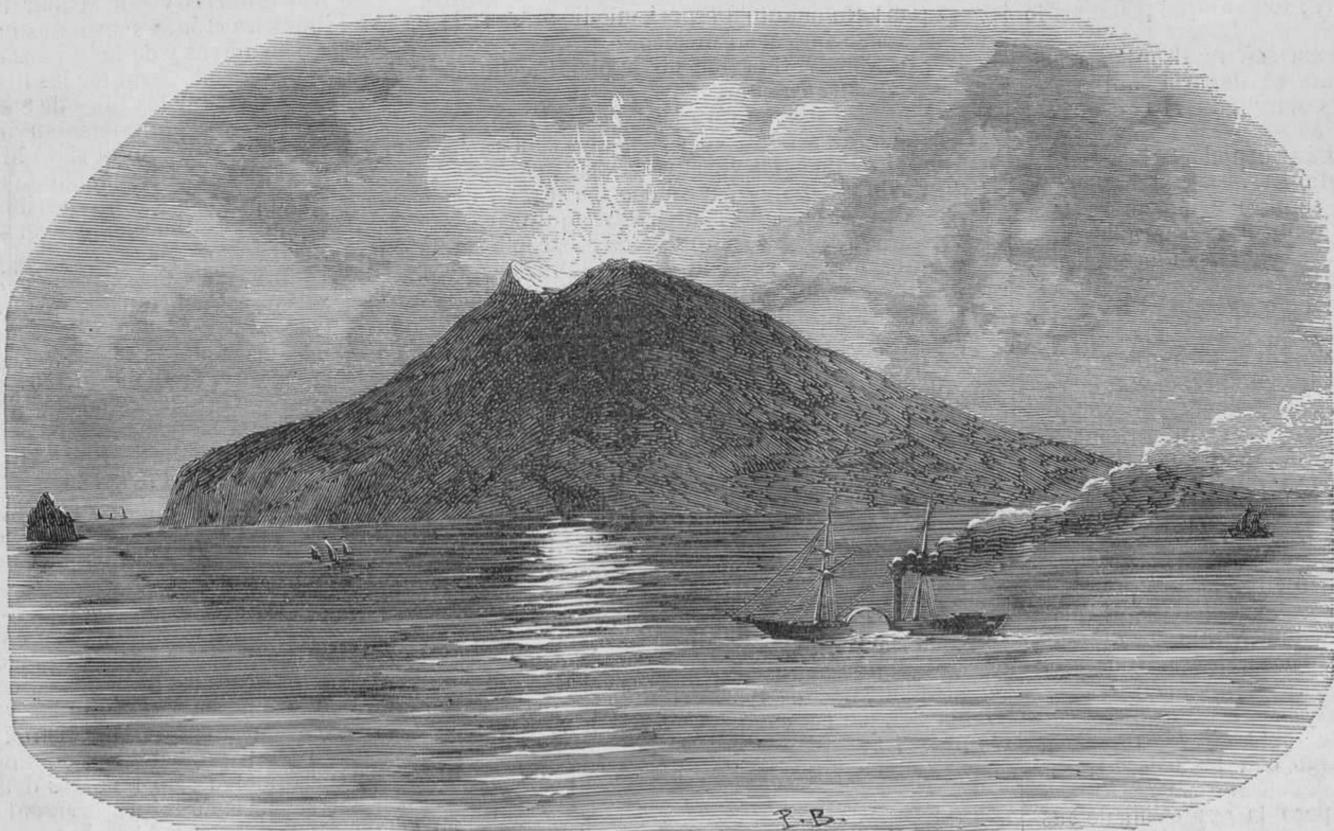
Los viajeros que pasan de Nápoles á Messina suelen tener la fortuna de poder contemplar el soberbio espec-

táculo que produce durante la noche el volcan de la isla Estrómboli. Hé aquí la corta relacion que hace un viajero que últimamente ha venido á encontrarse en este caso. — « A las tres de la mañana, dice, subí sobre cubierta; una viva luz alumbraba el horizonte, tan viva como la que podría dar el incendio de cien buques. Esta luz, que era intermitente, se elevaba en llamaradas de fuego que iluminaban el cielo y la mar; un instante despues todo se apagaba, y la mas profunda oscuridad sucedia á un brillo tan grande y tan intenso. — Fuí testigo de algunas de estas explosiones; pero al cabo asomé el sol radiante en un cielo purísimo. Un instante aun los fuegos del volcan lucharon en brillo con los del sol, y al fin el volcan se envolvió en una nube de humo blanco. Entre tanto el buque se alejaba, y cuando entrábamos en el estrecho de Messina la isla de Estrómboli desaparecia á nuestros ojos. »

La isla de Estrómboli que salió un día del seno de la mar volverá sin duda á estar sumergida; y sin embargo, su estrecha superficie está habitada: unas cien familias encuentran en ese peñon el alimento cotidiano, y un abrigo en bonitas casas blancas rodeadas de hermosos naranjos y de olivos, y les ofrecen medios de tráfico con los habitantes del continente. Sin cuidados acerca del porvenir, esos isleños viven allí, si no felices, al menos sin muchas necesidades. P. B.

Los Tuareg.

Durante el viaje del emperador se han distinguido mucho en Argel en medio de las poblaciones indígenas, unos cuantos Tuareg que habian llega dopara asistir á las fiestas anunciadas.



EL VOLCAN DE LA ISLA ESTROMBOLI.

P. B.

Los pueblos representados por esos hombres son poco conocidos aun en Argelia, y el terror que inspiran á sus vecinos contribuye sobre todo á alterar las nociones que se pueden recoger acerca de ellos.

Los Tuareg son de origen berberisco como lo demuestra su lengua, de la cual ha publicado una gramática un oficial del ejército de Africa que ha merecido este año el premio Volney en el Instituto. El autor llama el idioma de los Tuareg la lengua tamarhek; y la expresion de Tuareg, muy esparcida en el Africa del Norte, no se usa en las poblaciones que designa, que se conocen entre sí bajo el nombre general de Imuchar.

Sea como quiera, los Tuareg ó Imuchar ocupan el inmenso cuadrilátero comprendido entre la Argelia y Túnez al Norte, el Fezzan al Este, el Tuat al Oeste y el país del Temboctu al Sur. En medio de la comarca se eleva el Djebel-Hoggar, que tiene agua, árboles y caza: todo lo restante del país es una serie de arenales.

Los jefes de las numerosas fracciones Tuareg se nombran por eleccion; pero estas fracciones casi siempre se hallan en guerra las unas con las otras. Las hostilidades existen sobre todo entre las tribus del Sur, del Este y del Oeste, pues son mestizas por sus alianzas con los negros, y las del centro y del Norte que no se han cruzado con sus vecinos y se enorgullecen de la pureza de su sangre, de su nobleza.

Los Tuareg no tienen mas riqueza que los camellos y carneros, y como no poseen los suficientes para obtener por medio del cambio todo lo que necesitan, tienen que recurrir á la violencia. Acostumbrados desde la niñez se hacen muy hábiles en la rapiña. Montados en los camellos de carrera, recorren velozmente de día y de noche grandes espacios, y sorprenden al amanecer á las tribus limítrofes ó á las caravanas que no han tenido la precaucion de ponerse al corriente pagando los tributos ordinarios. Además, son pacientes, astutos, muy sufridos y valerosos; se acampan bajo unas tiendas que hacen con pieles curtidadas procedentes del Sur.



LOS TUAREG.

El *Targui* se instala con las piernas cruzadas en una ancha silla plantada sobre el camello. Sus armas son: una lanza muy larga, un gran sable de dos filos, y un cuchillo que llevan bajo el antebrazo derecho, de modo que el mango se halle siempre al alcance de su mano. Además tienen un escudo de piel de elefante.

Verdad es que dejé pasar mis mocedades sin pensar en el matrimonio como lo hacen muchos; pero luego, habiendo sentado los cascos, volví á mirar á mi alrededor, y púsemme á escoger la mujer que pudiera convenirme, teniendo en cuenta mi posición social, mi genio y sobre todo mi gusto.

Su traje se compone de un sayon de color oscuro, de un pantalón sostenido por unos cordones, y de un gorro en cuyo derredor llevan enroscada una pieza de tela, tapándose con una de sus puntas toda la parte baja de la cara. Una de las particularidades de este pueblo es que los hombres no se muestran jamás con el rostro al aire, en tanto que las mujeres no están obligadas á seguir tan incómoda costumbre. El hecho no se ha explicado aun; sin embargo, á nuestro juicio, podría ser que en cierta época los jefes Tuareg descontentos de sus guerreros después de haber sufrido algun desastre, les impusieran como castigo velarse la cara á la moda de las mujeres musulmanas de las ciudades, y que la costumbre se haya conservado, aunque perdiendo su carácter aflictivo.

Los Tuareg, los *Velados* como tambien los llaman, son por lo comun altos y delgados; tienen hermosos ojos y buena dentadura. Ordinariamente no poseen mas que una mujer, á pesar de ser musulmanes. Por último, debemos citar otra particularidad, y es que esparcen en su derredor un olor fuerte y desagradable.

Motivo por el cual...

CUENTECILLO AL GALOPE Y AL PASO.

Al saberse por ahí que vivo soltero en un país en que los hombres y las mujeres están en proporción como de uno á siete, pensará cualquiera que soy un hombre sin corazón y sin pasiones, un misántropo aburrido de la existencia, ó un para poco, que no he tenido valor de declararle á alguna beldad mi atrevido pensamiento; pero ¡voto á bríos! el que lo piense, se equivoca de medio á medio.



ESCENAS DE CAZA. — LA RENDICION DEL VENADO.

Ofreciéndose desde luego á mi vista la romántica Julia; pero Julia, la de breve y donosa cintura, sabia mas que yo. ¡Tate! dije, ¿cómo podré sufrir á mi lado una mujercita bachillera? Eso no en mis dias; y salté con la música á otra parte.

En pos de Julia vino Delfina; Delfina, la encantadora Delfina, la de los brazos de nieve, la del mirar atrevido, la de la boca de rosa; pero Delfina era muy rica, y lo que para otro hubiera sido un atractivo para mí era un inconveniente; Delfina hubiera podido comprarme, á no estar ya rendido mi corazón á sus mimos y á sus caricias. Esta mujer me hechiza, dije, pero no me conviene, porque me dominaría completamente, y lo que yo apetecía es mandar en mis calzones, en mi casa, en mi mujer, y

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Pasaron mis amoríos con Delfina, cual dorada nube-cilla por encima del horizonte. En pos de la tarde vino la noche. No sé si me explico: en pos de Delfina vino una morena con un lunar asombroso, y con ella la pasé malísimamente. No me podía ver, me aborrecía de muerte, y yo seguía porfiando, cuando salió á la palestra un tercero en discordia, un jayano de las sabanas de Bogotá. Me insultó, púsome de vuelta y media, y al fin y al cabo me desafió. Admití el duelo, porque no supiera Paulita que me había corrido, lo cual hubiera sido dar un nuevo triunfo á mi rival.

El desafío que me propuso el sabanero era en esta forma: ¡vea Vd. qué bárbaro! dijo que tanto él como yo y nuestros segundos montaríamos en los mejores caballos que tuviéramos: que saldríamos al llano de Fucha: que á la primera señal desatando nuestros *rejos de enlazar*, le echaría yo á él y él á mí bonitamente una lazada al pescuezo: que á la segunda señal amarriaríamos los rejos á las cabezas de las sillas; y á la tercera meteríamos espuelas á los caballos, y echaríamos una carrera abierta que diera punto á nuestro combate. Y debo declarar aquí, para descargo de mi conciencia, que admití tan bárbaro duelo con la dañada intención de desnucar al sabanero. No se me ocultaba que yo moriría sin remedio; pero ¿qué le importa al hombre que se ve despreciado de su bella, y que está devorado por la rabia de los celos?

Los padrinos que habíamos nombrado se opusieron á lo que ellos apellidaban un doble asesinato, y viéndonos firmes en el propósito de llevarlo á efecto, dieron parte á la autoridad. Temiendo las persecuciones de la justicia, el sabanero se fué para el Perú, y yo para San Francisco de California. Al cabo de tres años regresé á la Nueva Granada con algunas águilas americanas en mis baules, con poca experiencia, y tan soltero como me había embarcado en Panamá.

Pasados algunos dias despues de mi llegada á Bogotá, y así que hube contado cien veces á mis amigos cuán hermosa es la bahía de San Francisco, en la que estaban anclados á mi arribo mas de ochocientos buques; despues de haberles pintado la laguna del Pájaro, en el centro de la cual se eleva una gran pirámide de granito, que parece obra de los genios y en cuyo alrededor vuelan grandes bandadas de alcatrazes; despues de haberles descrito las costumbres y los *placeres* del Sacramento y del San Joaquin, etcétera, volví al cuento empezado, volví á pensar en la mujer que pudiera acompañarme en la difícil senda de la vida. Vi cien jóvenes bogotanas á cual mas donosas, á cual mas apuestas; pero la una que era muy linda sabia mas que yo, la otra era muy rica, la de mas allá un berbecí, y la que manifestaba buen genio tenia una parentela con la cual solo Satanás se hubiera atrevido á emparentar: en fin, todas tenían sus gracias, y sin embargo todas tenían sus peros, y peros de mas de la marca. Así fué que al encontrar una niña gorda, blanca, colorada, en la flor de su edad, sin pizca de coquetería, pues era el mismo candor y la inocencia misma, me figuré que había encontrado un grano de oro, mas precioso que el que ví en San Francisco, que pesaba ciento sesenta libras, cosa asombrosa.

Mi corazón se había fijado en la hija de un labrador de La Sabana, que tiene una hacienda inmediata á Zipacon. Mi futura no sabia sino leer y medio escribir. Por ese lado no podía dominarme. Era pobre, porque aunque su padre tenia unos veinte mil fuertes, ¿qué podría tocarle á Rosa que era la penúltima de los veinte y dos hijos que alegraban el hogar de don Braulio Ramirez? Por ese lado tampoco podía darme la ley. Rosa no era modista, ni romántica, ni coqueta; era la que me convenia, era mujer de mi gusto por todos cuatro costados. Su cuerpo era bellissimo, sus carnes firmes como el mármol, sus dientes blancos como la leche, sus cabellos lustrosos del color del carei, y sus ojos, ¡ay! hablaban al alma.

Yendo dias y viniendo dias enloquecí de amor por aquella serrana: no pensaba sino en Rosa, no hablaba, no soñaba sino con la linda sabanera; y el fuego que me devoraba el alma, crecía en proporcion á las dificultades que se me presentaban para verla, porque su padre era un hombre adusto que no la permitía hablar con alma viviente, ni me dejaba llegar á su casa. Don Braulio era un sabanero *recachamudo*, capaz de hacerle perder la paciencia al santo Job, y por fin me sacó de mis casillas.

Una vieja fué lá tabla de mi salvacion en tan apuradas circunstancias. La primera misiva que llevó á Rosa me costó cuatro duros. ¡Oh pesos de California bien empleados! La respuesta que me trajo valia un millon. Largas horas gasté en descifrar las patitas de mosca de que se valia la hermosa sabanera para decirme en sus-

tancia, que ya había reparado en mi persona, tanto en el mercado de Funza, como en la puerta de la iglesia de Zipacon; y que si, como de un caballero debia esperar, eran honrados mis intentos, no perdiera las esperanzas.

Nuestra correspondencia se hizo periódica, y no obstante el trabajo que me costaba traducir ó adivinar las dos terceras partes de lo que Rosa me escribia, experimentaba sumo placer al descifrar aquel guirigai, aquellos palitos, aquellas patitas de mosca, aquellas barrasadas que usaba la infeliz en vez de la escritura castellana. En una de mis cartas me atreví á decirle que pasaría á hablar con don Braulio; pero me contestó que no hiciera tal; que no fuera á precipitarme; que era preciso aprovechar un momento favorable en que don Braulio estuviese de buen humor, y que ella me avisaría.

El tiempo volaba entre tanto y mis ansias crecían, cuando hé aquí que una mañana me trajo la buena vieja carta de Rosa, en que me decia que ya era tiempo de hablar con don Braulio; pero que antes deseaba tener una entrevista conmigo, y me indicaba el sitio en que podría verla, sin mas testigo que su tia Catalina.

Esto fué el 16 de diciembre, dia de la primera misa de Aguinaldo.

Debía hallarme pues en la quebrada de Los Arrayanes, cerca de los grandes sauces que sombrean el lavadero de la ropa, el 17 de diciembre de 1833, entre dos y tres de la tarde; precisamente á la hora en que don Braulio echaba su siesta acostumbrada.

El que no haya estado enamorado debe suspender aquí la lectura de esta relacion, que no podrá interesarle: el que lo haya estado alguna vez, puede continuar.

Mi primera diligencia fué buscar desde la víspera una cabalgadura, y don Timoteo me alquiló un macho rinto, grande, gordo, fuerte, asegurándome que era alhaja de príncipe. Apenas aclaró emprendí mi viaje por la plazuela de San Victorino abajo, con mi ruana pintada, sombrero enfundado, zamarras de leon, grandes espuelas y la zurriaga de ordenanza. A la cabeza de la silla llevaba el caucho, y en los cojinetes una pistola, un paquete de cigarros y media botella de brandi, por si se ofreciera hacer algunas libaciones á los buenos genios que acompañarian mi marcha solitaria.

El macho tenia buen paso ciertamente, y el garbo con que empezó á andar prometia que llegaríamos yo y él á la fuente de los Arrayanes antes de la hora señalada. ¡Ah! ¡no hay que fiar en las apariencias!

Hasta Fontibon no hubo novedad. Mas allá de Fontibon el macho metió la cabeza y se fué derecho á una casa, y no valieron á contenerlo ni el freno, ni las espuelas, ni la zurriaga. En el patio de la casa había una cuerda con ropa que estaba secándose al sol; me hizo pasar por allí; la cuerda se reventó, cayó la ropa al suelo, mi sombrero tambien, el gallo y las gallinas se espantaron, salió una manada de perros que queria tragarme, yo me defendí con la zurriaga, la ventera y su hija se presentaron á insultarme, los indios que bebían chicha en la tienda se reían á carcajadas, y el macho de la trampa á todas estas se había arrimado á la pared, y se estaba quieto, mientras caía sobre mí aquella granizada de insultos en parte merecidos. Yo callaba y sufría. Así que hubo pasado el chubasco, metí espuelas al retinto para coger el camino; ¡pero qué! mientras mas lo espoleaba mas se fruncía y mas se arimaba á la pared.

Tuve que desmontarme, que desatar el cabestro y pagarle á un indio de los que había en la venta para que me arreara el macho. A fuerza de látigo lo sacamos al camino. Monté y seguí sin mayor novedad. Paradas como aquella hizo el bendito macho unas cuantas, antes de llegar á la puerta de Zipaquira. Esa fué la mas considerable. Dos calentanos de Anolaima acudieron á favorecerme: el uno cabestreo al macho, en tanto que el otro descargaba sobre este una docena de zurriagazos que le hicieron muy buen provecho, porque tomó un trocillo muy suave, tal que yo me prometía que aquella seria su última parada; cuando de repente sin mas ni mas, se paró de redondo el perverso animal en medio del camino.

Se quedó plantado allí como una columna, y no hubo fuerzas humanas que le hicieran cambiar de resolucion. Deshastillóse la vara de la zurriaga, se volvió pedazos de tantos palos como le dí, le gritaba con todo mi aliento; ¡arriba, so gran demonio! ¡arriba, so macho! ¡so diablo! rasgándole los ijares con las espuelas, pero el macho no se movía, cuando mucho reculaba, como queriendo echarse para atrás; y fué tanta la brega, tanta la ira que me infundió el perverso animal, que habiéndome acordado de que venia cargada la pistola, lo condené á muerte, resolví hacer con la alimaña un *Lynch law*, á semejanza de los que ví ejecutar á los yanquis en California. Allí, cuando en despoblado se comete un robo ó un asesinato, los circunstantes, en nombre del pueblo, improvisan un jurado, cuya sentencia es ejecutada sin tardanza, irremisiblemente. ¿Qué otra cosa era el macho en mis circunstancias sino el ladrón de mi dicha y el asesino de mi felicidad? yo seré el juez que te condene, dije, y el verdugo que ejecute la sentencia.

Eché pié á tierra, le quité la silla, y habiéndole zafado el freno, lo dejé solo con el ronzal para sujetarlo. Saqué la pistola, le apunté al ojo á boca de jarro, y... ¡zas! La pistola negó, porque el fósforo se había humedecido. Ciego de cólera, le tiré el arma á los hocicos; y entonces el macho se espantó y echó á correr; me cargué al rejo de la jáquima, pero no pude contenerlo;

me arrastró, me revolcó en el polvo y siguió corriendo al galope; y el camino estaba desierto, sin alma viviente que lo pudiera atajar.

Renegando de mi suerte, del macho, del mulero y de todo el género humano, saqué el reloj y ví... ¡la una y veinte y siete! Era imposible llegar á Zipacon oportunamente.

Cargué á las espaldas la silla, que me pareció que pesaba quintales, y me volví triste, sudando, y dado á todos los santos del cielo por no decir otra cosa. Al primer indio con quien encontré le endosé la carga y seguí con él á pié, hasta que un labriego, compadecido de mi desdicha, me alquiló una yegua de cargar leña, en la cual regresé á Bogotá. El indio quedó encargado de buscar el macho, que al cabo de tres dias pareció, y fué devuelto á don Timoteo con un millon de gracias.

El 18 recibí una carta de Rosa, en que ponía en duda mi amor por haber faltado á la cita. La contesté al instante pintándole el suceso, y pidiéndole por quien ella era, que me disculpara; puesto que la falta no había consistido en mí sino en el macho de don Timoteo. Sin embargo, la sabanera me castigó privándome por ocho dias del gusto de ver sus patitas de mosca; pues en aquella temporada recibia, pero no contestaba mis cartas.

El domingo de pascua la vieja me trajo carta de la enojada sabanera en que me decia: «creo que ya estará Vd. un poco castigado, y pongo esta deseándoselas muy felices;» y terminaba así: «Si puede Vd. conseguir una bestia que no se le canse en el camino, lo espero mañana á la misma hora y en el sitio que le indiqué, para tratar de cosas que quizá le interesen.»

¡Bendito sea Dios! exclamé, ¿puede darme mejores pascuas la linda sabanera?

Un amigo tenia un macho pardo famoso. Contra mi propósito de no pedir prestado nada á nadie, lo quebranté esa vez, me humillé, y se lo pedí. Inmediatamente estuvo en casa un muchacho trayendo aquel soberbio animal, apellidado el *Tragaleguas* por buen caminador.

El lunes de pascua, muy temprano, me puse en marcha para concurrir á la segunda cita.

En el mes de diciembre sonrien los cielos con la hermosísima sabana de Bogotá; entonces el color del firmamento es del mas puro azul turquí; la dilatada llanura presenta á la vista el encendido verde de la esmeralda; el aire fresco y perfumado restaura las perdidas fuerzas; se siente la vida y se respira el aura del placer y de la felicidad. ¿Cuál seria el contento del que en una de esas mañanas iba caballero en un arrogante macho á una cita amorosa? Ese era yo, que talareaba unos versos y formaba castillos en el aire: mi corazón estaba de pascua, de gaudeamus, al ver ese cielo tan puro y esas verdes dehesas llenas de innumerables vacadas.

El tiempo corria sin dejarse sentir el fastidio, y cuando menos lo pensé el reloj señalaba las dos de la tarde, y el Tragaleguas estaba muy cerca de la quebrada de los Arrayanes.

Al torcer un recodo del camino ví á lo lejos en la falda del monte la casa de don Braulio.

Mas lejos dos colinas cubiertas de arboleda formaban la rambra por donde baja murmurando la fuentecilla de los Arrayanes, que discurre de un bello prado á otro mas bello todavía, cruzando el camino parroquial. Ví por fin los sauces, y sentadas sobre la grama, á veinte varas del camino, dos mujeres: una de ellas era Rosa, que se paró al verme pasar.

Estaba vestida de blanco; sus trenzas hermosísimas caían por sus espaldas y casi rozaban el cesped de la pradería. Llevaba puesto un sombrero de anchas alas, ajustado con dos cintas de color de fuego, que flotaban al aire como los gallardetes de las naves ancladas en la bahía de San Francisco. ¡Qué embeleso! ¡qué bella aparición! El corazón se me salía del pecho de puro regocijo.

Sofrené el macho para hacer á Rosita una cortesía con mi sombrero, pero el animal siguió sin hacer caso de la brida ni del bocado. ¡Adios, caballero! me gritó la muchacha. Al ir á responderle piqué al macho con las espuelas. ¡No hiciera tal en mi vida! El soberbio animal arrancó á corcobear. Me tuve en la silla como jinete de la Sabana; de modo que no conseguí sembrarme en el suelo, pero no pude contenerlo, porque metiendo la cabeza siguió caminando á un pasitrote que igualaba á la carrera tendida. El viento unas veces levantaba el ala de mi sombrero, y otras la aplastaba contra mi rostro, el cual hubiera volado sin duda á no tener tan apretado el barboquejo.

El Tragaleguas bufaba y seguía caminando como un desesperado; de modo que cuando volví la cabeza y miré atrás había traspuesto un montecillo, y no ví ni el humo de la casa de don Braulio.

No tenia á mano la consabida pistola, que á tenerla hubiera dejado en el sitio al macho de Satanás. No me atreví á arrojarme al suelo, temiendo que hiciera conmigo alguna diablura, y me resigné á esperar que llegaran algunos pasajeros que me ayudasen á detenerlo; pero el camino estaba desierto y el macho me alejaba mas y mas de la casa de Ramirez.

Con todo, debo confesar aquí que la vista de la sabanera me había confortado, y aunque iba hecho una furia contra el perverso macho, mi cólera se templó reflexionando que tantas dificultades para vernos aumentarían el incendio en el pecho de Rosa, y que hablando inmediatamente con su padre acerca de nuestro enlace, no dilatara en poner remedio á nuestros males.

Cualquiera pensará que el macho se paró rendido de

la jornada: no, siguió incansable, hasta dar con mi persona en mitad de la plaza de Anolaima, á las cinco de la tarde. Allí me contaron primoros del animal, asegurándome que si no tuviera el resabio de ser *volvedor*, no habria dinero con qué pagarlo.

Torné á Bogotá, de donde escribí á Rosa con la india-correo, explicándole extensamente que me habia sido imposible contener el macho; *motivo por el cual* habia faltado á la segunda cita. La respuesta no se hizo esperar, vino al día siguiente concebida en estos términos:

« Si ha creído Vd., caballero, que soy alguna de esas que parecen nacidas para ser juguete de los hombres, Vd. se ha equivocado.

¿Con que unas veces su macho no alcanza á rendir la jornada, y otras no puede contenerlo? ¡Vaya! ¡me río de sus disculpas!

Confieso que Vd. tiene muy buenos modales, y sabe escribir cartas muy bellas y capaces de alucinar á una campesina.

No me enojo, y en prueba de mi estimacion le remito con la portadora esas flores de mi jardin. »

— A ver ¿dónde están las flores que venian con esa carta? pregunté á la india.

— Aquí, señor amo, me contestó, sacándolas de debajo de su mantilla.

¡Eran unas flores de calabaza!

Desde aquella época Rosa no ha vuelto á saludarme; si la encuentro en alguna parte clava los ojos en el suelo por no verme, *motivo por el cual*...

Hé aquí el relato que me hizo el señor W. W. W., en abono de su soltería, no hace muchas tardes.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Un nuevo regimiento de zuavos. — Condiciones de elegancia que se requieren para entrar en él. — Los vestidos con escarcela. — Otros vestidos de paseo. — De los nuevos prendidos de baile. — Sombreros que acaban de salir á luz. — Un sombrero dorado. — Adornos de baile. — Descripción de nuestro figurin que representa cuatro trajes nuevos, los primeros de la temporada.

La moda femenina está ocupada en equipar un regimiento de zuavos, un ejército de mujeres bonitas. Todas las elegantes van á llevar zuavos cubiertos de bordados de oro. Es la suprema moda. La chaquetilla zuavo es derecha y muy corta, y se lleva con un chaleco ó un camisolín de muselina. Mucha elegancia es necesaria para adoptar esta moda; ¿cómo una señora gruesa se va á poner un casaquin de zuavo? Es imposible.

El color de rubí está á la órden del día y de la noche. Las chaquetillas mas nuevas son de terciopelo rubí con dibujos tírcos de oro mate. Todas las modas parisienses son bizantinas, chinas, persas é indias. Parece que estamos en Constantinopla, en Pekín ó en Teheran.

Por lo demás la moda no se encierra en ningun género de vestido. Unas veces resucita el traje de Imí Sorel, otras el de la marquesa de Pompadour, otras el de María Antonieta. Los vestidos sesgados se llevan mas en el día que los de cinturón. ¿Durará esto? Con los primeros se lleva la escarcela colgada de un cinturón de medallas antiguas oxidadas. La escarcela es una especie de bolsa de terciopelo y plata; á veces lleva pedrerías al estilo persa y morisco. Hablo de una moda muy aristocrática y que nunca bajará hasta las clases vulgares.

Citaré algunos de estos vestidos. — Uno de terciopelo negro otomano ilustrado con una banda de moaré antiguo color de violeta con puntilla negra que adorna el escote y el corpiño pasando al sesgo hasta que forma en el bajo de la falda una rica galería. Las mangas fruncidas en una banda de moaré quedan juntas en la muñeca.

— Otro de tafetan antiguo fondo negro con dos ruches de terciopelo violeta formando tirantes sobre el cuerpo y delante sobre la falda.

— Otro de tafetan negro sembrado de ramitos de violetas de los Alpes, sobre la falda ruche de tafetan violeta recortada; en el bajo de la ruche y en cada lado, lazo de terciopelo violeta. La ruche sube igualmente sobre el corpiño.

Ahora voy á enumerar otros vestidos de corte diferente.

— Uno de tafetan azul ilustrado con dibujos chinoscos. El cuerpo es escotado, cuadrado por delante con tirantes de tafetan orlados de blanda blanca, de encaje negro y de una trencilla de oro. Las mangas son puntiagudas á la china.

— Otro de tafetan violeta con once volantes cada uno de ellos con cabeza de terciopelo negro. El cuerpo es liso por los hombros y fruncido en el pecho. Es una forma nueva que llaman de María Antonieta.

— Otro de tafetan negro con nueve volantes adornados con un sesgo de tafetan verde. El cuerpo va adornado con medias lunas de tafetan negro.

Pasemos á los vestidos de baile.

El primero que tengo que señalar es de granadina blanca sobre transparente de tafetan blanco. Lleva un primer bullon derecho, luego otro en ondulaciones y luego otro derecho. En cada punta ondulada hay un grueso ramo de botones de oro. Cuerpo con draperías cruzado en la cintura con un ramillete de botones de oro. Mangas con bullon y ramillete en el hombro.

El segundo es de tul ilusión con bullones al sesgo hasta media falda. Sobre los bullones flotan dos faldas de tul ilusión y una túnica de tul bordada de oro y recogida al lado con largas cintas de terciopelo negro que sostienen un ramo de amapolas y de espigas doradas. El efecto de este vestido es sorprendente. El cuerpo lleva una drapería de tul bordada de

oro. Las mangas caen á la oriental. El tocado consiste en un bandó de terciopelo negro con ramo de amapolas y espigas de oro en forma de diadema.

— El tercero es tambien de tul ilusión y va dispuesto en ondas hácia el bajo de la falda. Solo lleva dos faldas de tul y una túnica de tul sembrada de puntos de terciopelo rosa y recogida al rededor con ramos de flores blancas y rosadas. El cuerpo tiene una berta con tres ramilletes, uno para cada manga y otro para el pecho.

Los vestidos de baile son muy voluminosos y llevan adornos en abundancia, á pesar de que se dice que hemos vuelto á la sencillez; hoy mas que nunca reina la moda lujosa y artística.

Los tocados son verdaderos edifeios como en tiempo de María Antonieta. Las señoras llevan en el cabello mariposas de oro, diamantes, flores, perlas y plumas. Nada menos que eso.

En cuanto á los sombreros tengo que presentar uno á mis lectoras que está todo bordado de oro sobre terciopelo negro. Al borde del ala y del bavolet hay un follaje de oro; en torno del casco una franja de plumas negras, y en el interior una rosa con follaje natural.

Luego citaré un sombrero azul turquí con fondo de tul blanco bordado y adornado con cinco plumitas azules. En el interior cocas de blonda y margaritas de terciopelo.

— Otro de terciopelo rubí con tres plumas del mismo color puestas á la María Antonieta. El bavolet es de blonda blanca; en el interior cocas de blonda con margaritas de terciopelo blanco y flores de terciopelo rubí.

— Otro de niña de tul y raso blanco con pensamientos de terciopelo violeta y capullos de rosas.

Por último, un sombrero de terciopelo violeta de Parma con franja de plumas malva que caen en el interior sobre una diadema de cuentas color de malva con arracadas de oro. Sobre el sombrero dos plumas malva caidas.

Tengo que señalar un adorno de tul-encaje recogido sobre el lado con un ramo de rosas y por una borla de seda negra y oro. Encima lleva un lazo de terciopelo negro. Este adorno sienta divinamente á un semblante joven y gracioso.

Hay además en tocados nuevos:

— Un tocado de terciopelo Solferino bordado de oro con adorno de flores blancas que caen en pluma.

— Otro compuesto de un bandó de terciopelo negro recogido á la Carlos VII con gruesos cables de oro y mariposa de oro.

— Un turbante de blonda con bandó de terciopelo negro adornado con uvas de oro; por un lado lleva dos plumas blancas rizadas, y por el otro uvas de oro de tul ilusión.

— Una corona de camelias blancas con follaje natural y mariposas de oro; y por último, una doble Ceres de espigas con amapolas.

Completaremos estas primeras noticias sobre los prendidos de baile con la descripción de nuestro figurin que representa las primeras novedades de la temporada.

El primer traje es de crespón rosa y encaje negro sobre transparente de tafetan rosa. La falda lleva tres volantes de crespón rosa orlados de encaje negro, con pompones del mismo encaje en las ondulaciones de los volantes. Cuerpo escotado con berta; y á guisa de ramo de flores dos pompones de encaje. Rosas en el cabello. Alfiler y brazaletes de diamantes y zapatos de raso color de rosa.

El segundo es de terciopelo negro con cuerpo escotado y draperías de terciopelo cubiertas con un fichu de encaje escotado. Lo alto del cuerpo remata en un camisolín de encaje de Inglaterra. El tocado es original; se compone de un pompon de terciopelo flor de granada sosteniendo una larga pluma que se retuerce en los bandós y se riza por detrás muy baja. Brazaletes de coral y zapatos de raso negro.

El tercero es de moaré antiguo color verde con dos faldas de tul verde. La primera remata en un volante de blonda que cae hasta el bajo de la falda de moaré. La segunda va cubierta de tul negro y lleva garnicion de plumas verdes rizadas. Esta segunda falda va recogida por delante. El cuerpo escotado lleva por adorno una ruche de plumas y dos volantes de blonda de Inglaterra. El tocado es de pluma blanca sobre una peineta de oro.

El último es de tarlatana blanca. El vestido lleva once volantes pequeños con una lista de terciopelo malva á la cabeza de cada uno de ellos. Sobre estos volantes cae una falda de tarlatana recogida al rededor á la Pompadour con lazos de terciopelo malva. El cuerpo es escotado con berta. En el cabello corona romana de hojas de terciopelo malva.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La nueva política del Austria.

El emperador de Austria acaba de hacer importantes reformas en cuanto al gobierno interior de sus Estados. Segun el programa publicado por el diario oficial de Viena, el emperador se compromete y compromete á sus sucesores á dar participacion en el ejercicio del poder legislativo al consejo del imperio y á las dietas. Se aumenta considerablemente el número de consejeros de Estado. Se suprimen los ministerios del Interior, de Justicia y de Cultos en cuanto tienen carácter de administracion central. Se restablece la cancillería de la corte por lo que hace á Hungría, y otra será organizada por lo que respecta á la Transilvania. Se ofrecen reformas en la administracion de justicia y en el sistema de enseñanza pública. En cuanto á impuestos, rentas, crédito, etc., se ensanchan las atribuciones del consejo de Estado.

Las dietas particulares tendrán largas atribuciones en lo que se refiere al poder legislativo. Se conceden extensas facultades á los consejeros de Estado húngaros en cuanto dice relacion á los negocios particulares

de la Hungría. Se restablecerá en gran parte la autonomía de las otras nacionalidades no húngaras. Se restablecen las instituciones constitucionales de la Hungría. La lengua húngara será la lengua oficial en los tribunales y en las esferas administrativas y políticas. Se abrirá nuevamente la universidad de Pesth. Se proclama como base fundamental la representacion de todas las clases sociales en la legislatura y en la administracion. Se restablece la curia real de Pesth y la lugartenencia de Ofen. Para la protección de los derechos nacionales de Hungría y de las poblaciones serbas, se nombrará un comisionado del emperador, destinado á recibir las observaciones que le hagan los notables en todas las clases sociales. La Transilvania tendrá instituciones análogas.

Hé aquí ahora el manifiesto imperial que publicamos como un documento de verdadera importancia histórica:

¡A mis pueblos!

Cuando subí al trono de mis mayores, la monarquía era presa de violentas conmociones.

Después de una lucha dolorosísima para mis sentimientos personales, hízose sentir ante todo la necesidad de una concentracion enérgica en mis países, como en casi todas partes en los Estados violentamente agitados del continente europeo. El bien público y la seguridad de la mayoría de los habitantes pacíficos de la monarquía lo exigian así; las pasiones sobrecitadas y los dolorosos recuerdos de un pasado reciente imposibilitaban el libre movimiento de los elementos que poco ha luchaban como enemigos.

He querido hacerme cargo de los votos y necesidades de los diversos países de la monarquía, y por consiguiente he creado y convocado por mi patente del 3 de marzo mi consejo del imperio reforzado.

Tomando en consideracion las proposiciones que me ha sometido el consejo, me ha parecido conveniente firmar y promulgar hoy un diploma concerniente al reglamento de la organizacion política de la monarquía, á los derechos y la posición de cada uno de los reinos y países, así como á la definicion, la consolidacion y la representacion de la union política de la monarquía comun.

Cumplo con mi deber de soberano conciliando de este modo los recuerdos, las opiniones y las legítimas pretensiones de mis países y pueblos con las necesidades verdaderas de mi monarquía y confiando con seguridad á la inteligencia madura y al celo patriótico de mis pueblos el fecundo desarrollo y el vigor de las instituciones dadas ó resucitadas por mí. Espero verlas florecer y producir sus benéficos efectos bajo la protección del Dios todopoderoso, en cuya mano descansan los destinos de los príncipes y de los pueblos, y que no rehusará su bendición á la profunda y concienzuda sinceridad de mi solicitud paternal.

Viena 20 de octubre de 1860.

Firmado: FRANCISCO JOSÉ.

DIPLOMA IMPERIAL

Para el reglamento de la organizacion política interior de la monarquía.

Nos, Francisco José I, por la gracia de Dios, emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, rey de Lombardía y del Veneto, de Galitzia, etc., etc.;

Hacemos saber:

Después que nuestros antepasados, de gloriosa memoria, se habian aplicado, en su sábia solicitud, á crear para nuestra augusta casa una forma precisa de sucesion hereditaria, el órden de sucesion establecido invariablemente y para siempre por S. M. el emperador Carlos VI, el 19 de abril de 1713, fué arreglado definitivamente por la ley del Estado, de posesion y de familia, conocido con el nombre de *Pragmática sancion*, adoptada por los Estados legítimos de nuestros diversos reinos y países, y actualmente vigente.

Fundada en la base legal é incontrastable de un órden de sucesion determinado y de la indivisibilidad é inseparabilidad de sus partes integrantes, puestas de acuerdo con los derechos y libertades de nuestros susodichos reinos y territorios, la monarquía austriaca, aumentada y fortalecida después á consecuencia de tratados internacionales, ha vencido y comprimido, apoyada en la fidelidad, la adhesion y valentia de sus pueblos, los peligros y agresiones que la amenazaban.

En interés de nuestra casa y de nuestros súbditos, es nuestro deber soberano mantener el poder de la monarquía austriaca y otorgar para su consolidacion las garantías de derechos definidos claramente y sin equívocos, y de una accion comun y concordante. Solamente pueden ofrecer estas garantías en toda su plenitud las instituciones y derechos que respondan igualmente á los derechos tradicionales, á la diversidad existente de nuestros reinos y países, y á las exigencias de su mision indivisible é inseparable.

Considerando que los elementos de instituciones orgánicas comunes y de accion concordante se han multiplicado y fortalecido en nuestra monarquía, por la igualdad de nuestros súbditos ante la ley, la libertad de culto garantida á todos, la admisibilidad en las funciones públicas independiente del nacimiento y de la posición social, la obligacion igual, comun y universal de contribuir á la defensa y á las cargas del Estado por la supresion de gabelas y la abolicion de las líneas de aduanas interiores;

Considerando, además, que á consecuencia de la centralizacion del poder en todos los países del continente

europeo, la administración de las mas altas cuestiones del Estado ha llegado á ser una necesidad imperiosa para la seguridad de la monarquía y de los países que la componen;

Queriendo conciliar las diversidades que han existido anteriormente en nuestros reinos y países y hacer cooperar regularmente á nuestros súbditos á la legislación y administración, nos ha parecido bueno, sobre la base de la pragmática sancion y en virtud de nuestra soberanía, decretar y ordenar lo que sigue como ley fundamental del Estado, perpetua é irrevocable, así para nuestro gobierno como para el de nuestros herederos legítimos en el trono:

I. El derecho de hacer cambiar ó suprimir las leyes será ejercido por nos y nuestros sucesores solamente con el concurso de las dietas legalmente reunidas, y relativamente del consejo del imperio, al cual enviarán las dietas el número de diputados fijado por nos.

II. Todos los objetos concernientes á los derechos, obligaciones é intereses comunes á todos nuestros reinos y países, especialmente la legislación sobre las monedas, hacienda y crédito público, las aduanas y asuntos comerciales, en seguida los principios de los bancos de billetes; la legislación general concerniente á correos, telégrafos y ferro-carriles, y la organización del servicio militar, serán en lo sucesivo discutidas en y por el consejo del imperio, y se tomarán las resoluciones con su concurso constitucional.

Del mismo modo la introducción de nuevos impuestos y cargas, el aumento de los impuestos y censos actualmente existentes, y especialmente la elevación del precio de la sal y la conclusión de nuevos empréstitos en conformidad con nuestra resolución del 17 de julio de 1860, la conversión de las deudas del Estado existentes, la venta, cambio de destino y cargas de las propiedades inmuebles del Estado, no pueden ser ordenadas sino con el consentimiento del consejo del imperio. En fin, el exámen y fijación de los proyectos del presupuesto de gastos para el ejercicio siguiente, así como el exámen de las actas del Estado y de los resultados anuales de la administración de la hacienda, deben ser hechos con el concurso del consejo de Estado.

III. Todos los demás objetos de la legislación que no se hallan comprendidos en el artículo precedente serán decididos constitucionalmente en ó con las dietas respectivas, á saber: en nuestros reinos y países pertenecientes á la corona de Hungría, en sentido de sus constituciones anteriores, y en nuestros otros reinos y países, en sentido de sus constituciones provinciales y en conformidad con estas.

Sin embargo, como desde hace un gran número de años ha existido para nuestros otros países, á excepción de los países de la corona de Hungría, una legislación y una administración comunes para objetos legislativos que no son de la exclusiva incumbencia del consejo del imperio completo, nos reservamos hacer que sean también arreglados estos objetos con el concurso constitucional del consejo del imperio y llamando á él á los consejeros pertenecientes á dichos países.

Una discusión en comun de los objetos no reservados á la competencia del consejo del imperio podrá ser ordenada si lo desean y proponen



LOS PRESOS POLITICOS DE JOSEFSTADT PUESTOS EN LIBERTAD POR ÓRDEN DEL EMPERADOR DE AUSTRIA, A CONSECUENCIA DE LAS ULTIMAS REFORMAS.



M. MALLOUF, primer intérprete del consulado británico de Esmirna.

las dietas á quienes concierne.

IV. El presente diploma imperial será depositado inmediatamente en los archivos del Estado de nuestros reinos y países, é insertado oportunamente, en texto original y en traducción, en las leyes respectivas de estos países. Nuestro sucesor deberá igualmente, á su advenimiento al trono, estampar su firma imperial en este diploma y expedirlo á cada reino ó país donde debe ser insertado en las leyes de estos países.■

En fe de lo cual lo hemos firmado y sellado con nuestro sello imperial y hemos ordenado el depósito del presente diploma en nuestros archivos de familia, de corte y de Estado.

Fecho en nuestra capital y residencia, Viena 20 de octubre del año 1860, y de nuestro reinado el 12°.

FRANCISCO JOSÉ, m. p. — Conde RESCHBERG, m. p.

— Por mandato:

Baron de RANSONNET.

M. Mallouf.

M. N. Mallouf, nacido en el monte Líbano (Siria), ha estado empleado diez años en el colegio francés de Esmirna en calidad de profesor de lengua turca. Salió de este colegio para desempeñar las funciones de secretario intérprete del general comandante en jefe del contingente anglo-otomano (1854), y entonces

se encargó también de hacer un curso de lengua turca á los oficiales ingleses. Al fin de la guerra de Crimea fué llamado á Londres, y de Londres pasó cerca de sir H. L. Bulwer á los principados danubianos; permaneció con este ilustre diplomático que quiso honrarle con su favor, hasta que fué nombrado embajador en Constantinopla. M. Mallouf siguió á sir H. Bulwer y permaneció con él durante un año, pasado el cual fué nombrado por el gobierno británico (mayo de 1859) primer intérprete del consulado de Esmirna. M. Mallouf conoce el árabe, el turco, el persa, el francés, el inglés, el italiano y el griego; y ha compuesto y publicado unas treinta obras muy estimadas por los orientistas, y muy útiles para el estudio de las lenguas orientales.

Estas publicaciones han procurado á su autor una gran fama en el imperio otomano y aun en Europa. M. Bianchi, docto orientalista, llama á M. Mallouf « el único orientalista del Levante cuyas útiles y numerosas publicaciones han contribuido eficazmente á los progresos de los estudios del árabe, del turco y del persa. » M. Ubićini hablando de sus obras se expresa en estos términos: « Nadie mas propio que M. Mallouf para llevar á cabo esa tarea. Nacido en el Levante y habiendo reunido desde la juventud á la práctica de las lenguas orientales el estudio de los principales idiomas europeos; familiarizado por la naturaleza de sus funciones con las materias de la enseñanza y célebre ya, aunque en una edad poco avanzada, por la publicación de un crecido número de obras de lenguas y pedagogía, reunía todas las condiciones para asegurar de antemano su buen éxito... M. Mallouf es del corte número de esos autores incansables y concienzudos que descansan de una tarea con un nuevo trabajo. »

M. Mallouf es miembro de las sociedades asiáticas de París y de Londres.

P. P.